



Fe
para
hoy



SUMARIO

FE PARA HOY	3
LA IGLESIA EN LA PROFECIA ...	4, 5
ENTREVISTA AL PASTOR ROBERT H. PIERSON	6, 7
AMOR EN ACCION	8, 9
¿QUE CREEN LOS ADVENTIS- TAS?	10, 11
FILOSOFIA DE LA EDUCACION ADVENTISTA	12, 13
LA RELIGION EN EL HOGAR ...	14, 15
SALUD, PREMIO DE LA TEMPE- RANCIA	16, 17
OPINIONES	18, 19

- Don Eduardo de Zulueta
- Monseñor Luigi G. Ligutti
- Doctor José Antonio Valtueña
- Mr. Don Clausen
- Mr. Brooton Herndon
- Don Julián García Hernando
- Don Enrique Miret Magdalena

ASI ES, ASI PIENSA, ASI VIVE LA JUVENTUD ADVENTISTA	20, 21
IGLESIA - ESTADO	22, 23
VIDA EN LA ESPERANZA	24, 25
EL SABADO, UN SELLO ESPECIAL	26, 27
LAS MISIONES HOY	28, 29
EL CREYENTE ADVENTISTA Y EL CULTO	30, 31

REVISTA

órgano oficial de la Iglesia
cristiana adventista del séptimo día

ADVENTISTA

Director
Carlos Puyol.

NUMERO ESPECIAL

Editor

Editorial Safeliz, para la Asociación de
Iglesias Adventistas del Séptimo Día
de España, calle Alenza, 6, Madrid-3.
Inscrita con el número 41 en el Regis-
tro del Ministerio de Justicia.

Redactores

Andrés Tejel y Alberto Guaita.

Maqueta y diagramación

Fernando Jiménez y Josefina de Tejel.
Portada y dibujos interiores, Fernando
Jiménez.

Imprime

Imprenta Julián Benita.
Ulises, 95. Madrid-33.

Depósito legal M. 32.993 - 1974.

Los artículos han sido hechos por di-
versos autores, casi todos ellos españo-
les residentes en España y fuera de
ella. Hemos utilizado material de la
prestigiosa revista "El Centinela", cuya
tirada mensual alcanza los 700.000 ejem-
plares. La fotografía es de variada pro-
cedencia. A todos los amables colabora-
dores que han hecho posible esta publi-
cación que conmemora el 75 aniversa-
rio de la Iglesia Adventista en España,
damos sinceras y profundas gracias.

Fe para hoy

Vivimos tiempos de crisis de fe, de profunda, de alienante crisis de fe religiosa. La religión, con sus horizontes de trascendencia, con sus ideales éticos y espirituales, con su sacralización de las vivencias humanas, parece pertenecer a un tipo de cultura en vías de extinción. Dios ha muerto, proclaman las nuevas teologías y el hombre moderno, secularizado, respira una atmósfera cargada, donde el positivismo, la civilización técnica, el sexo o la violencia parecen ser las únicas formas posibles de la cultura del mundo del mañana.

Muchos se imaginan que al hombre moderno no le interesa ya Dios, pero la realidad es otra muy diferente. Hoy el mundo tiene sed de Dios. La carencia manifiesta de la dimensión religiosa constitutiva del hombre y de la sociedad no ha quedado sin consecuencias, y así, este ser, desacralizado, mutilado, ebrio de inmanencia, anda dando tumbos, buscando donde recostarse para hallar un apoyo firme desde el cual saciar su sed profunda de trascendencia.

Sin embargo, al hombre moderno no se le puede satisfacer hoy con las caducas respuestas ofrecidas por los sistemas religiosos fracasados. No se trata de repetir el pasado dejando implícita la causa de una futura crisis más decepcionante o frustrante, si cabe. La solución del hombre moderno no son los movimientos espirituales de oriente o el cristianismo de las grandes iglesias históricas de occidente que durante siglos, allí y aquí, han ejercido el monopolio religioso de la sociedad sin otros resultados finales que la triste situación actual. El hombre moderno necesita fe genuina, una religión de esencias y no de meras formas. Una fe que sea mucho más que introversión mística, mucho más que altares, reliquias, textos de teología, santos o cenobios, mucho más que instrumento, aquí y ahora,

al servicio de fines sociales utilitarios.

La **fe para hoy**, necesariamente, tiene que ser respuesta a nuestra crisis de humanismo, debe poder saciar la sed de Dios, serenar la azarosa vida moderna, estabilizar las instituciones, como la familia, que son base de nuestra convivencia, debe dimensionar la vida plena en un horizonte de anhelos eternos, debe saber conjugar las soluciones del presente y del futuro, debe ser amor y esperanza, acción constructiva y búsqueda de lo infinito. Debe realizarse en unas vivencias profundamente humanas que no solamente hagan al hombre más feliz sino además mejor. La **fe para hoy** debe saber devolver al hombre el equilibrio y la armonía de la paz interior, la paz con Dios y con sus semejantes.

Esta es la fe que hoy necesitamos pero, ¿dónde encontrarla? ¿Quién puede inspirarla? La respuesta me parece que es única: sólo **Cristo** sigue siendo la solución radical a los profundos problemas del hombre, sólo El tiene el mensaje de aliento, el ideal, la moral y la esperanza que nuestro mundo precisa. El Cristo vivo, el que podemos llevar dentro, motivando los actos y gestos de nuestra vida, el Cristo inmutable, el que no contemporiza con los tiempos ni con las culturas, el Cristo revolucionario, más preocupado por el nuevo nacimiento de cada hombre que por derrocar los sistemas políticos establecidos. El Cristo eterno, objeto de la esperanza mesiánica, que fue, que es y que será cuando regrese de nuevo a este mundo en cumplimiento de sus propias palabras. Esta es la respuesta, esta es la fe que hoy se ofrece a nuestra desorientada generación.

La presente publicación pretende mostrar ese Cristo en la vida y en la obra de los **Adventistas del Séptimo Día**. □



La Iglesia e



La profecía bíblica no implica necesariamente una predicción del futuro. Profecía es todo mensaje de Dios a su pueblo a través de un intermediario, un hombre que traduce en lenguaje humano los pensamientos que Dios le inspira.

La profecía se hace necesaria cuando la comunicación directa entre Dios y el hombre se hace imposible como consecuencia de la separación creada por el pecado.

Es así que el profeta es un hombre —o una mujer— utilizado por Dios como transmisor de la voluntad divina. Dios revela por medio de él el camino de regreso a la situación original perdida, es decir, el camino de la salvación.

El pueblo judío tuvo sacerdotes, jueces, reyes, pero fueron los profetas y sus mensajes los que dirigieron realmente su historia en época de fidelidad y los que advirtieron y predijeron las desgracias, las crisis, las derrotas y los cautiverios en los momentos de rebeldía a la voluntad divina.

El valor del profetismo a lo largo de la historia del pueblo de Dios es, en consecuencia, esencial, y además, insustituible. Toda la Biblia es el resultado de este ministerio profético. No es, pues, de extrañar que el profeta Amós asegurase, junto con otras expresiones similares de otros escritores bíblicos, que «no hará nada el Señor Yavé sin que revele su designio a sus siervos los profetas» (1).

Así, Cristo, anunciado en tantas profecías del Antiguo Testamento, será el mayor profeta y la mayor profecía, la Revelación Suprema de Dios, el Verbo divino hecho hombre (2). Tanto el tiempo como las circunstancias de su

nacimiento, vida, muerte y resurrección habían sido predichas a través de los profetas. Su cumplimiento fue exacto.

La Iglesia Apostólica primitiva mantiene esta vocación profética y la predicción del futuro será una de sus cualidades fundamentales y distintivas (3). Esta característica singular estará expresada de una manera especial en la profecía-promesa del retorno de Jesucristo para recoger a su pueblo. Este será el motivo de su esperanza, la base de su fe y de su confianza. Representará la seguridad del creyente a través de todas las épocas y por encima de todas las circunstancias (4).

Tras tantas profecías cumplidas en el pasado y con tan absoluta precisión, la fe no es ciega esperando el cumplimiento de las que aún faltan por realizarse. Las evidencias son tantas en el pasado que resulta natural esperar con seguridad el cumplimiento de las futuras, como la segunda venida de Cristo.

Dentro de este marco profético —de profecía como predicción de la historia futura— vemos el paso de la misma Iglesia por los siglos, su evolución, sus cambios y apostasías, sus despertares y sus sueños, sus acercamientos y

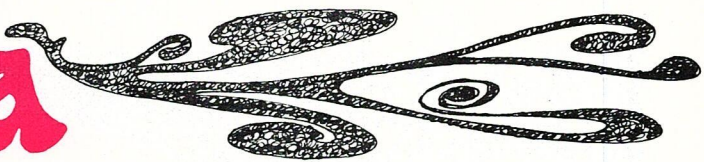
alejamientos de la línea trazada por Cristo y seguida por los cristianos de la Iglesia Apostólica primitiva.

Con todo lujo de detalles, la mayoría cumplidos ya en el pasado, se nos muestra, de manera muy especial en las páginas del Apocalipsis, el devenir de la Iglesia hasta el fin (5).

Atendiendo a esa epopeya histórico-profética de la Iglesia y refiriéndonos a los últimos acontecimientos, es decir, los que preceden al regreso de Jesucristo —la llamada profecía escatológica o relativa al tiempo del fin—, nos encontramos con un hecho singular e irrepetible anunciado con precisión.

Este hecho se refiere a la aparición de un «resto», de un pueblo remanente, el pueblo de Dios que esperará a Cristo y cumplirá una misión especial (6).

en la Profecía



Es aquí donde podemos orientar nuestra mirada hacia las razones y objetivos, totalmente proféticos, que justifican el origen y razón de ser del movimiento adventista.

A principios del siglo XIX tiene lugar un despertar religioso especial sólo comparable al de la época de la Reforma. En esta ocasión, hombres y mujeres pertenecientes a distintas denominaciones protestantes y al catolicismo, comienzan a estudiar la Biblia buscando encontrar en ella las respuestas a sus necesidades no satisfechas por una tradición secular paralizante (7).

Su gran «descubrimiento» es que Cristo debe volver otra vez y, teniendo en cuenta cierta profecía

pero habían equivocado el acontecimiento que señalaba.

Tras el chasco y la defección de muchos, estos llamados adventistas, protestantes y católicos se reúnen para examinar su error, lo comprenden y no pretenden señalar nuevas fechas.

Pero siguen insistiendo en que Cristo volverá pronto. Esto les lleva a ser expulsados de sus iglesias, cosa que no pretendían, y a reunirse para seguir estudiando la Palabra de Dios sin pretender organizarse por temor a los riesgos que ello significa.

Poco después descubrirán que el sábado es el cuarto mandamiento del Decálogo y a la vez un sello distintivo del pueblo de Dios. Comprenden también que un pueblo debe nacer y organizarse para predicar los últimos mensajes de advertencia de Dios al mundo. Es entonces cuando deciden organizarse, bajo un sistema democrático-representativo, como Iglesia.

La razón de ser del movimiento adventista será predicar de nuevo el Evangelio eterno, advertir al mundo que el juicio de Dios ha comenzado en el cielo y que debemos

prepararnos consciente y consecuentemente para el pronto regreso de Cristo a la tierra (8). Su nombre, Iglesia Cristiana Adventista del Séptimo Día, no es caprichoso; corresponde a sus características fundamentales y distintivas. Son el «resto» de los últimos tiempos de la tierra, el último pueblo remanente de Dios. Y son conscientes de lo que esto significa y de su responsabilidad.

Sus principios esenciales serán los del pueblo de Dios de todos los tiempos: «Guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (9).

La Iglesia Adventista es hija de la profecía, se esfuerza por cumplir su sagrada misión y espera, en cuanto ésta esté terminada (10), ver con gozo el cumplimiento de su esperanza en la gran promesa: el regreso de Jesús para vivir eternamente en su presencia, en un reino de paz, amor y justicia (11).

[1

(1) Am. 3:7 Cf. 2.^a Tim. 3:16.

(2) Mat. 1:22-23; Jn. 1:1-4 y 14; Hech. 2:29-35; Gál. 4:4.

(3) Mat. 24; 2.^a Tim. 3:1-5; 2.^a Ped. 1:19.

(4) Jn. 14:1-3; Apoc. 1:7-8; 22:20.

(5) Apoc. 2 y 3.

(6) El concepto de «pueblo remanente» o «resto» aparece en múltiples ocasiones en las Escrituras. Ver 2.^o Rey. 19:30-31; Mat. 22:14; Apoc. 12:17 y 18:4.

(7) Sobre la tradición contraria a los mandamientos de Dios, ver Mat. 15:3, 6 y 9.

(8) Los últimos mensajes de Dios al mundo:

Apoc. 14:6-12. Mensajero: Iglesia Cristiana Adventista.

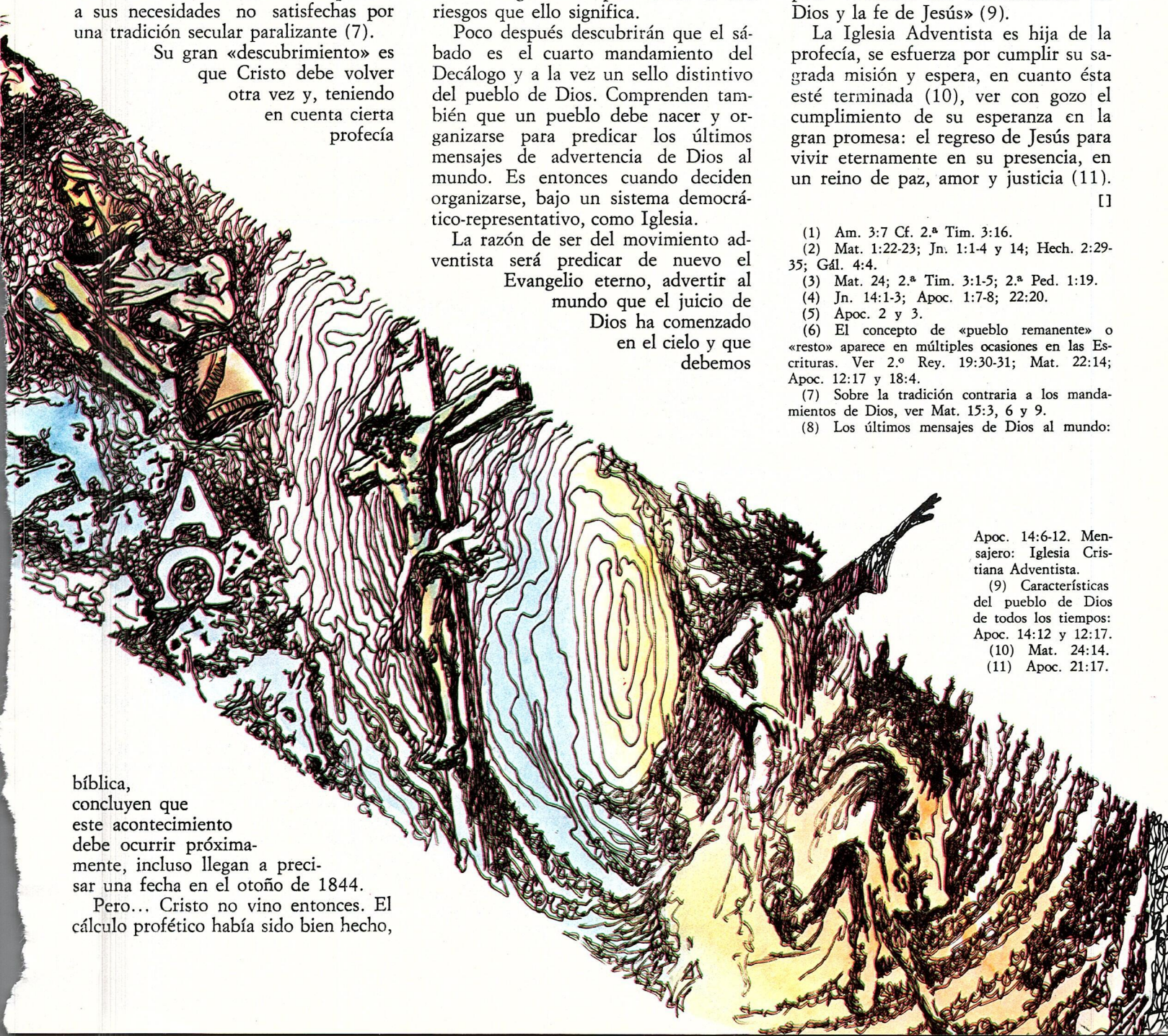
(9) Características del pueblo de Dios de todos los tiempos: Apoc. 14:12 y 12:17.

(10) Mat. 24:14.

(11) Apoc. 21:17.

bíblica, concluyen que este acontecimiento debe ocurrir próximamente, incluso llegan a precisar una fecha en el otoño de 1844.

Pero... Cristo no vino entonces. El cálculo profético había sido bien hecho,





Entrevista al pastor

ROBERTO H. PIERSON

ROBERT H. PIERSON
Presidente de la Iglesia Ad-
ventista del 7.º Día.

El Dr. Robert H. Pierson es desde hace once años el presidente de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Se caracteriza por ser un hombre afable, sencillo y bondadoso. Impresiona por su profundo cristianismo y por sus convicciones claras y firmes. Del total de 43 años de su ministerio religioso, dedicó 27 al servicio misionero en Asia y África. Junto con otros misioneros adventistas, estuvo a punto de perder la vida en 1961, por la guerra civil en el Congo.

El pastor R. H. Pierson está casado y tiene dos hijos, es doctor en Teología y autor de 18 libros, además de numerosos folletos y artículos. Su tarea como escritor la realiza muy temprano por la mañana, antes de su trabajo regular en la oficina. Sus absorbentes responsabilidades le exigen viajar con frecuencia por diferentes países del mundo, a fin de evaluar las necesidades de la Iglesia y prestar asesoramiento administrativo y espiritual. Durante sus once años como dirigente de la Iglesia Adventista, el Dr. Pierson ha promovido intensamente la predicación del Evangelio, lo que ha contribuido al rápido crecimiento de la feligresía.

1. ¿Qué es un adventista del séptimo día?

Un adventista del séptimo día es una persona que mediante el estudio de las Sagradas Escrituras ha llegado a la conclusión de que el regreso de Jesucristo a esta tierra es inminente. Reconoce que por su muerte en la cruz del Calvario, Jesús murió por cada miembro de la familia humana, lo que hace posible la salvación para todos. Por esta incomparable manifestación de misericordia, un adventista ama a Jesús, su Salvador.

2. ¿Cuál es la misión de la iglesia en el mundo?

Participar en la misión de Jesucristo, que consiste en restaurar al hombre al compañerismo con Dios. Este compañerismo determina la restauración del hombre a la «imagen de Dios» en un triple aspecto: físico, mental y moral.

Esta transformación es posible gracias a la vida perfecta de Cristo, su muerte vicaria en la cruz, su resurrección, y su ascensión al cielo para ser el representante del hombre en el trono de Dios. Desde allí Cristo le ofrece al hombre perdón, purificación, poder moral, y la certeza de que El regresará para establecer su reino de gloria.

La misión de la iglesia es proclamar este ofrecimiento del amor y la gracia de Dios.

3. ¿Cuántos adventistas hay y dónde están distribuidos?

Al término de 1975 había 3.000.000 de miembros bautizados, distribuidos en casi todos los países del mundo. La iglesia no bautiza niños recién nacidos. De acuerdo con el criterio que otras denominaciones tienen para computar su feligresía, la Iglesia Adventista sobrepasa holgadamente los tres millones y medio de miembros.

4. ¿Qué está haciendo la Iglesia Adventista para ayudar a resolver problemas sociales como la pobreza, la delincuencia, la enfermedad, la drogadicción y la creciente inmoralidad de nuestro tiempo?

La iglesia lleva adelante un vigoroso programa contra todo tipo de vicios. El Plan de Cinco Días para Dejar de Fumar, creado por médicos adventistas, se conoce en el mundo entero por su éxito en ayudar a la gente a vencer el hábito de fumar. La iglesia también tiene un sólido programa de educación social para prevenir la drogadicción y el alcoholismo.

Con unos 340 hospitales y clínicas alrededor del mundo, los adventistas auxilian a los enfermos y dictan cursos de educación sanitaria en las comunidades donde la iglesia tiene instituciones médicas o personal capacitado para ello. OFASA (Obra Filantrópica y Asistencia Social Adventista) llega prácticamente a todas partes del mundo para prestar auxilio urgente a las víctimas de desastres y calamidades.

5. ¿Cuándo creen los adventistas que Cristo regresará en gloria?

Cristo ha dicho que nadie sabe el día o la hora de su regreso, pero El dejó a sus discípulos la información que permitiría a los hombres reconocer la cercanía del clímax de la historia. Las señales que El dio se están cumpliendo rápidamente. Teniendo en cuenta la decadencia moral, el aumento de la criminalidad y la violencia, el hambre y la miseria, la multiplicación de los terremotos y de otros desastres naturales, así como las guerras constantes entre las naciones y el colapso económico, la iglesia cree que la venida de Cristo está muy cercana.

6. ¿Cuál es el fundamento de los conceptos morales de los adventistas? ¿Hay un código moral universal de duración eterna?

Los Diez Mandamientos escritos en tablas de piedra en el monte Sinaí por el dedo de Dios, son el fundamento de la relación del hombre con sus semejantes y con su Dios. Constituyen un código moral de valor eterno. Jesús los abarcó cuando dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» (S. Mateo 22: 37-40). Por estos versículos y otros semejantes, es evidente que estos mandamientos de Dios continuarán rigiendo perpetuamente.

7. ¿Creen los adventistas que las buenas obras pueden ganar la salvación?

Uno no puede ser salvado por sus propias obras, sino únicamente mediante la gracia redentora de Cristo, quien llevó sobre sí los pecados del mundo para que el hombre pudiera ser salvo. Como cristianos, hacemos el bien y guardamos los mandamientos de Dios porque lo amamos, y no para ganarnos la salvación.

8. ¿Los adventistas son evolucionistas o creacionistas?

Los adventistas del séptimo día creen en un Dios omnipotente, infinito en sabiduría y misericordia. Para Dios nada es imposible, ni siquiera la creación de un mundo adulto en seis días literales. La evolución es una teoría originada en la mente del hombre. El creacionismo se basa en la comprensión de la Palabra de Dios. Desde el principio hasta el fin la Biblia expone y respalda la teoría de la creación. Sería imposible aceptar la teoría de la evolución y todavía considerar a Dios como nuestro Padre.

9. ¿Qué piensan los adventistas en cuanto al movimiento ecuménico? ¿Forman parte de él?

Los adventistas del séptimo día desean que mediante su contribución, el lugar donde les toque vivir llegue a ser más sano, más feliz y más santo. A fin de alcanzar este blanco, hay ciertas áreas de servicio social, como beneficencia a los necesitados, auxilio en caso de desastres, etc., en las cuales los adventistas cooperan gustosamente con los cristianos de otras denominaciones. Sin embargo, no son miembros del Concilio Mundial de Iglesias, aunque participan sobre una base limitada en las tareas de algunas comisiones de dicho concilio. Algunas diferencias doctrinales y ciertos objetivos específicos en los servicios sociales, impiden a los adventistas identificarse completamente con este organismo.

10. ¿Qué enseña su iglesia respecto a las autoridades civiles?

La iglesia no debe inmiscuirse en los asuntos del Estado, así como éste no debe invadir la esfera sagrada de la relación individual del hombre con su Dios. A los miembros de la Iglesia Adventista se les enseña a respetar a su gobierno, a orar por él y a obedecer las leyes de su país.

11. ¿Cómo llegó a ser Ud. dirigente mundial de la iglesia?

La Iglesia Adventista, al igual que la del Nuevo Testamento, está gobernada por representantes escogidos por la feligresía. El proceso comienza en la iglesia local, la cual envía sus delegados como portavoces de su opinión a reuniones administrativas que se efectúan regularmente. El presidente de la Asociación General y otros dirigentes de la iglesia son escogidos cada cinco años. Actualmente estoy en mi tercer período de servicio a la iglesia en el cargo que ocupo. Unos dos mil delegados, todos ellos dirigentes de la organización adventista en el mundo entero, me eligieron el año 1966.

¿COMO Y CUANDO SURGIO LA IGLESIA ADVENTISTA?

La Iglesia Adventista nació a mediados del siglo pasado como derivación de un reavivamiento religioso ocurrido en muchas iglesias protestantes e incluso dentro de la Iglesia Católica. Dicho reavivamiento giró en torno a la doctrina de la segunda venida de Cristo y a la esperanza de su inminente y glorioso retorno. Miles de predicadores y laicos de las principales iglesias de Europa y de los Estados Unidos se unieron al pastor bautista Guillermo Miller, quien hacia 1830-1840, predicaba el regreso o advenimiento de Jesucristo para 1844 (Miller nunca llegó a ser miembro de la Iglesia Adventista). Jesucristo no vino en la fecha anunciada por este movimiento, evidentemente equivocado en su interpretación profética. Con el chasco desapareció el millerismo.

La doctrina fundamental de la segunda venida de Cristo —expuesta a lo largo de toda la Biblia— fue retomada por un grupo de sinceros creyentes que habían transitado por el millerismo, quienes siguieron estudiando las Sagradas Escrituras para comprender claramente todas sus enseñanzas. Este núcleo fue creciendo lentamente y consolidándose en torno a las creencias que se mencionan en las páginas 10 y 11. Sus 3,500 miembros se organizaron oficialmente en 1863 como la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Actualmente, después de algo de un siglo de existencia, la Iglesia ha alcanzado un notable desarrollo y se siente espiritualmente identificada con todos los seguidores de Cristo que han existido a lo largo de los siglos.

RESUMEN ESTADISTICO DE LA IGLESIA ADVENTISTA

Miembros de iglesia bautizados	3.000.000
Iglesias organizadas	19.322
Miembros de la Escuela Sabática	3.300.000
Escuelas sabáticas	36.785
Adherentes y simpatizantes	12.000.000
Países en los cuales trabaja	196

(Numero total de países, según datos de las Naciones Unidas — 226)

Idiomas y dialectos en los cuales proclama el Evangelio	566
Hospitales, orfanatos y asilos de ancianos	200
Clínicas, dispensarios, lanchas y aviones médicos	231
Fábricas de alimentos	27
Instituciones educativas	4.316
Casas publicadoras	51

Amor en



En todas las épocas de la historia humana han existido marcadas diferencias y profundos contrastes entre los distintos países, incluso entre los miembros de una misma comunidad. Siempre han existido los dos extremos, opulencia y miseria, felicidad y desgracia, alegría y dolor.

Estos extremos han convivido cerca, casi siempre sin tocarse, sin comprenderse. Estas situaciones vitales, tan alejadas la una de la otra, se siguen dando en la actualidad de forma, si cabe, todavía más acusada.

La técnica y el progreso, la utilización de nuevas fuentes de energía y nuevos procesos de producción han conseguido un índice de superior comodidad para una buena parte del mundo.

Pero ni este sector privilegiado, ni el resto, cada vez más distanciado, en situación a veces infrahumana, puede sustraerse a las calamidades naturales, terremotos, inundaciones, sequías, ni a todas esas secuelas que la civilización moderna y el materialismo producen, violencia —a todos los niveles—, injusticia, inmoralidad, discriminación, hambre.

No hay duda que la triste realidad presente ofrece múltiples oportunidades al cristiano para demostrar la autenticidad de su profesión religiosa. Ocasiones múltiples y diversas de manifestar su amor haciendo algo, y no sólo diciendo, en favor de tantos millones de desheredados de la fortuna y de la salud o víctimas de catástrofes imprevisibles.

La Iglesia Adventista, a través de su organización internacional, O.F.A.S.A. (Obra Filantrópica y Asistencia Social Adventista), se esfuerza por contribuir positivamente a satisfacer las necesidades materiales, y no sólo espirituales, del mundo.

Para ello tiene preparados, en previsión de desastres y situaciones de emergencia, fondos de víveres, ropas, tiendas de campaña, comedores ambulantes y dispensarios médicos, en los cinco continentes. Jamás existe una discriminación religiosa, racial o social en su asistencia.

Por otra parte, organiza actividades para liberar al hombre de los vicios que le degradan física y moralmente, como las drogas, el tabaco y el alcohol.



cción

OFASA estuvo presente en el terremoto de Managua, en el ciclón de Honduras y en muchas de las catástrofes del mundo. La Obra Filantrópica seguirá estando al lado del necesitado hasta que Cristo regrese a la tierra.



Con este fin se organizan cursos, siempre gratuitos, como el famoso Plan de cinco días para dejar de fumar.

Los adventistas, como otros cristianos, tratamos de imitar a Jesús, creyendo que la verdadera religión consiste en «que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras, y no te escondas de tu hermano» (Isaías 58:7).

Cada año la Iglesia Adventista ayuda en todo el mundo a más de diez millones de personas mediante sus programas de beneficencia. Los últimos datos presentan estos resultados:

- Anualmente más de trece millones de prendas de vestir.
- El último quinquenio más de ochenta millones de dólares en distintos proyectos de beneficencia.
- Tenemos en el mundo casi 1.200 centros de servicio a la comunidad. Uno de ellos situado en Barcelona, calle Consejo de Ciento, núm. 370, pral.
- Un sistema mundial de 135 hospitales, 186 clínicas, 41 orfanatos y asilos de ancianos. En España aca-

ba de inaugurarse la Residencia de Ancianos Maranatha, en Cardeu (Barcelona).

La Iglesia Adventista no hace obra caritativa, no da limosnas. Simplemente trata de responder a su obligación esencial de amar a todos los hombres con hechos y no con palabras, como corresponde hacer a la Iglesia de Cristo de todos los tiempos. Por ello nunca ejerce sus actividades benéficas buscando intereses ocultos; su única finalidad es hacer el bien en la medida de lo posible y sin discriminación de ningún tipo.

O.F.A.S.A. ha llegado a millones de personas en todo el mundo. Lo ha podido hacer, en gran medida, gracias al desprendimiento y auténtico cristianismo de corazones y manos generosas que no podían permanecer impasibles ante el infortunio de sus prójimos y hermanos. Por ello cada vez son más los que están dispuestos a colaborar con OFASA en la consecución de sus objetivos: ayudar lo mejor posible y donde sea necesario movidos por un sólo argumento, el amor, un amor en acción.

[]

¿QUÉ creen los advent

LAS SAGRADAS ESCRITURAS

La Santa Biblia es la Palabra de Dios, único lugar donde encontramos expuesta la verdad que conduce a la vida eterna. Por lo tanto todas las doctrinas adventistas están basadas en ella como única regla de fe y conducta infalible e insustituible. En ella se expone con claridad el verdadero origen, historia y destino del hombre.

Llegar a esta afirmación no es fruto de una fe ciega. Aceptar la Biblia como libro inspirado por Dios en el curso de casi 1.600 años y por más de cuarenta autores diferentes, es el resultado de muchas evidencias, muchas más que las filosofías o teorías generalmente aceptadas por el hombre moderno que, a veces, no pasan de ser simples hipótesis y conjeturas.

El singular hecho literario que significa un libro redactado a lo largo de tantos siglos y tantos autores diferentes, manteniendo su unidad de criterio, nos lleva a una conclusión razonable: un mismo espíritu ha debido estar inspirando a todos ellos; esto es lo que la Biblia afirma.

Por otra parte es innegable que el mensaje de la Biblia transforma a las personas. Millones de personas son testigos vivos de este cambio siempre positivo.

La ciencia histórica y arqueológica han demostrado a los más incrédulos que sus afirmaciones en cuanto a hechos, nombres, lugares, fechas, son exactas.

Las decenas de profecías en ella señaladas se han cumplido con una exactitud del cien por cien garantizándonos el cumplimiento de las pocas que faltan por cumplirse todavía.

En ella encontramos la única respuesta válida para los problemas trascendentales del hombre, esencialmente el camino de la salvación, el único método para volver a estar en paz con el Creador, verdadero autor de sus páginas a través del Espíritu Santo.

Esta revelación de Dios al hombre debe leerse y estudiarse con sinceridad y objetividad, sin prejuicios ni ideas preconcebidas; y siempre bajo la dirección divina pedida en oración y confiando en la promesa: «Buscad y hallaréis.» (2.ª Tim. 3:15-17; Jn. 5:39; Sal. 119:105).

LA TRINIDAD

La Divinidad o Trinidad consiste en el Padre Eterno, un ser personal, espiritual, omnipotente, omnipresente, omnisciente, infinito en sabiduría y en amor. Dios al que llamamos Padre porque sabemos que nos ama hasta el sacrificio y el perdón.

Jesucristo es el Hijo eterno de Dios, segunda persona de la Trinidad, de la misma naturaleza y esencia que el Padre Eterno. Por El fueron

creadas todas las cosas y por su intermedio se realiza la salvación de los hombres que aceptan su encarnación humana a través de la Virgen María, su vida perfecta como hombre, su muerte vicaria, su resurrección victoriosa y su gloriosa ascensión al cielo, de donde vino treinta y tres años antes. Desde entonces es nuestro único Mediador entre Dios y los hombres, Amigo supremo, Señor y Rey de su pueblo.

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Divinidad, representante y vicario de Jesucristo en la tierra que hace posible la conversión del hombre y la restauración del carácter a imagen y semejanza del Creador. No es una simple fuerza o energía sino un ser con inteligencia y voluntad propias que influye en nuestra conciencia transformando al creyente en hijo de Dios y habilitándolo para cumplir gozosamente su voluntad, a quien podemos obedecer o rechazar.

Los tres, Padre, Hijo y Espíritu Santo han hecho, y siguen haciendo, en demostración de amor inmenso y de justicia perfecta, todo lo posible para salvar al hombre de su condición desesperada.

(Mat. 28:19; Jn. 1:1-3; 3:16; 14:16).

ORIGEN Y TRASCENDENCIA DEL HOMBRE

El hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza, sin evolución previa desde formas inferiores de vida. El hombre era un ser inteligente, libre y perfecto. Su individualidad le facultaba para escoger y decidir su destino sin fatalismos.

El hombre, salido de las manos de Dios, tenía su inmortalidad condicionada a la obediencia pues la transgresión implicaba separación de Dios y por lo tanto, muerte.

El único ser inmortal por naturaleza es Dios. En consecuencia toda creencia en la inmortalidad natural del alma humana no concuerda con la enseñanza bíblica que manifiesta que «el alma que pecare, morirá». La filosofía platónica, abiertamente contraria a la advertencia divina vehiculizó en el judaísmo primero, y en el cristianismo después, este concepto equivocado de la naturaleza humana.

La Biblia por el contrario, afirma rotundamente que los muertos nada saben, no piensan, no sienten, no actúan en absoluto. La muerte es un sueño, sin sueños, hasta el momento de la resurrección. No caben, pues, en este marco, las teorías referentes al infierno y al purgatorio.

La única posibilidad para el hombre de superar su destino mortal es la resurrección cuando Cristo venga por segunda vez. La resurrección es la solución y la esperanza de cada creyente. Esto significa una restauración del hombre a su situación original antes del pecado, tal y como Dios quiso que fuera.

(Gén. 1:26-27; Rom. 6:23; 1.ª Tim. 6:16; Ecl. 9:5-6,10).

PLAN DE LA SALVACION

Antes de que el pecado hiciera su aparición en la tierra, la Divinidad había previsto un plan de salvación para el hombre, en el caso de que éste, haciendo uso de su libertad, decidiera actuar contra la voluntad divina.

Llegado el momento el plan se llevó a efecto.

La situación era sencilla y dramática a la vez: el hombre estaba condenado a muerte por su pecado y la solución no estaba en su mano. Sólo un acto de amor por parte del Creador hizo posible una nueva oportunidad. Este acto de amor y de entrega incomprensibles consistió en que el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, se hiciera hombre y viviera como hombre para morir y resucitar por toda la humanidad.

Desde el Antiguo Testamento, a través de todos los sacrificios del santuario israelita, se anunciaba y esperaba al Mesías Redentor, quien había de morir en lugar de los hombres para dar su vida «en rescate por muchos».

Hace casi dos mil años la promesa se realizó. Jesús nació de la Virgen María, vivió una vida perfecta ante la ley de Dios, murió por nuestros pecados y resucitó victorioso de la muerte. La justicia de su vida perfecta nos es atribuida gratuitamente, de manera que somos justificados ante Dios al aceptarle como Salvador siendo conscientes de nuestra necesidad.

La muerte deja de ser un destino fatal para transformarse en un accidente más, consecuencia del pecado, porque ahora tenemos la seguridad de la resurrección, de la vida eterna.

Este Jesús que venció la muerte, que ganó la salvación de todo aquel que le acepta, que intercede por nosotros ante Dios como nuestro único sacerdote y mediador, prometió que volvería para cumplirla definitivamente y para siempre.

El ha hecho todo por salvarnos pero, una vez más, no nos obliga, solamente nos invita a seguirle y ser felices ahora y por la eternidad en una tierra nueva.

(Rom. 3:23-24; Jn. 14:1-3; Hech. 21:27-31).

LA LEY DE DIOS

No se puede acusar de legalista a quien pretende que la ley de Dios es inmutable y eterna. Tampoco por estimar que sigue siendo válida en todos sus puntos para todos los hombres sean cuales sean las modas, los tiempos y las circunstancias. Si Dios no cambia, su voluntad tampoco.

Pero precisemos un poco más. No es la obediencia a esta ley la que nos puede salvar. Si nuestra salvación estribase solamente en esta

istas?

observancia significaría que la vida y muerte de Cristo no eran necesarias, que el hombre puede salvarse por sí mismo.

Sin embargo, está expresa y repetidamente expuesto en las Escrituras que sólo la vida y muerte de Cristo nos salvan. Por lo tanto no obedecemos la ley para ser salvos sino porque ya lo somos. La observancia de esta ley —frágil e inestable observancia por otra parte— no es más que una respuesta de amor y por amor al inmenso amor que Dios ha demostrado hacia nosotros.

Cristo nos salva y nuestra obediencia es la evidencia de la autenticidad de nuestra fe, de nuestra aceptación de El como Salvador.

Por tanto no podrá ser considerada como una lista de normas obligatorias, frías, molestas, impuestas, sino como lo que es, la expresión práctica del amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Esto se traducirá en un cambio de vida, por la gracia de Dios y bajo la influencia del Espíritu Santo, agente que produce nuestra santificación. Significa una transformación real cada vez más de acuerdo con esa voluntad de Dios expresada en el Decálogo: la ley estará entonces en el corazón y dejará de ser un código frío, una serie de obligaciones impuestas.

Si Cristo ha muerto por nuestra transgresión de la ley es lógico que vivamos la vida que su muerte nos da, de acuerdo con ella. Si siguiéramos actuando contra ella o despreciándola, significaría contradecir el motivo por el que Cristo murió.

Con estas premisas los adventistas aceptan la ley de Dios en su totalidad, incluidos algunos mandamientos muy olvidados por los cristianos en general, como el cuarto, que ordena la observancia del séptimo día, sábado, en conmemoración de la creación.

(Ex. 20:3-17; Mat. 5:17-19; Gén. 2:1-3; 1.ª Jn. 1:3-4).

LA EXPERIENCIA CRISTIANA

La experiencia cristiana comienza cuando comprendemos nuestra necesidad de Jesucristo. El es el centro, la base y el objetivo. Sin El nada tiene sentido.

Cuando aceptamos a Cristo como nuestro Salvador, nós arrepentimos de nuestra vida pasada y decidimos emprender una nueva con su ayuda. Manifestamos esta decisión públicamente a través del bautismo por inmersión que simboliza la muerte de una vida pasada y la resurrección a una nueva vida. Esto será siempre tras conocer y aceptar los principios bíblicos fundamentales. Es, pues, una decisión libre, personal y consciente. De la misma forma participará del rito de la Santa Cena en conmemoración de la muerte de Cristo.

A partir de ahora las ilusiones y objetivos se hacen trascendentes. El materialismo deja de ser un fin para ser un medio de realizar lo mejor posible la voluntad de Dios y la predicación del Evangelio, misión primordial del cristiano y de la Iglesia. Su mirada apunta al mayor acontecimiento de la historia: la segunda venida de Cristo. En consecuencia se esforzará, dependiendo de Dios y confiando en sus promesas, por prepararse cada día como si Cristo fuese a venir mañana.

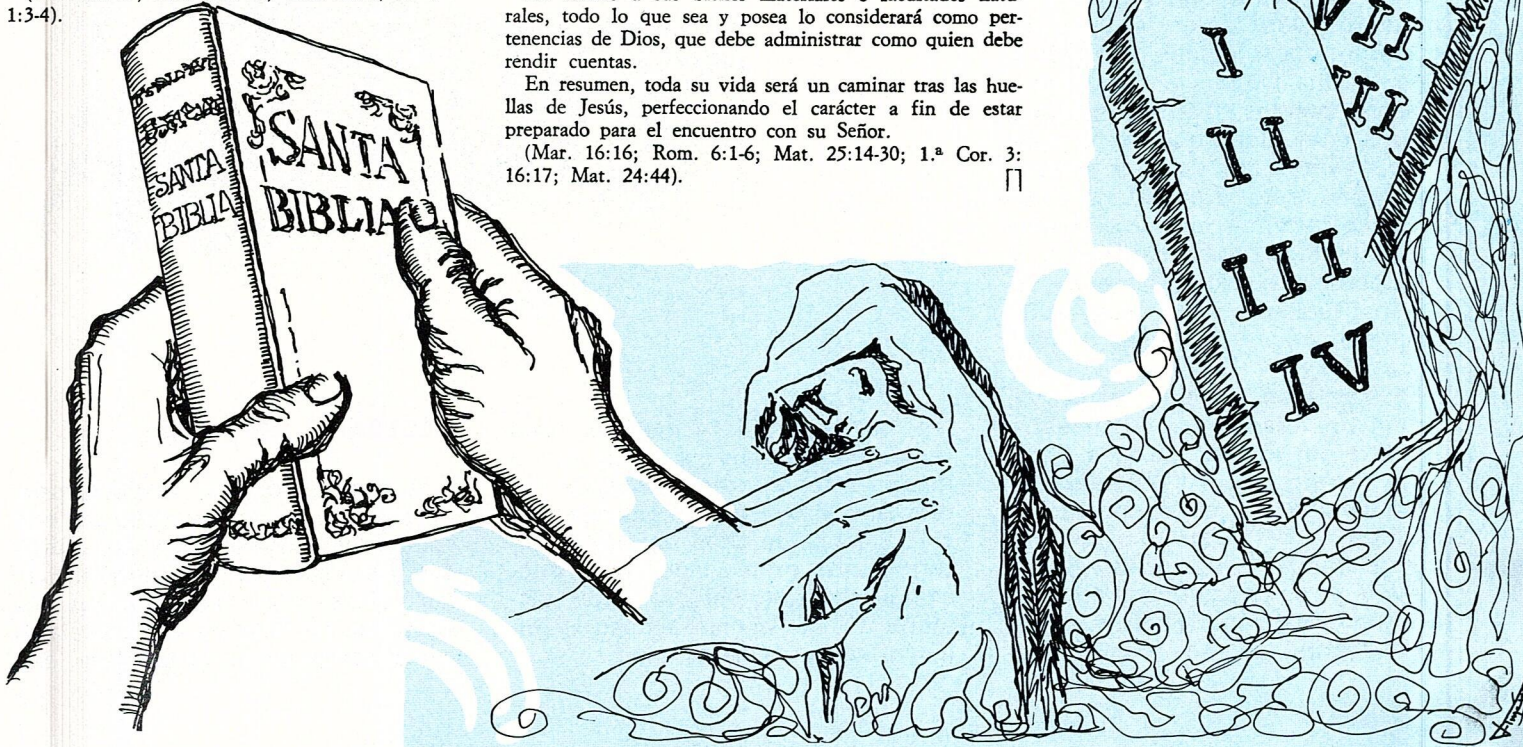
Esta preparación se traducirá en la práctica en un auténtico testimonio cristiano, en la veracidad de las palabras, la honradez en los trabajos y negocios, el servicio abnegado al prójimo, la lealtad a los principios de la verdad, el amor y la justicia.

En cuanto a sí mismo considerará su cuerpo como templo del Espíritu Santo de manera que no hará conscientemente nada que le pueda perjudicar o degradar física o psíquicamente; por lo tanto sus hábitos y alimentación estarán libres de toda esclavitud a drogas, alimentos y prácticas perjudiciales.

En cuanto a sus bienes materiales o facultades naturales, todo lo que sea y posea lo considerará como pertenencias de Dios, que debe administrar como quien debe rendir cuentas.

En resumen, toda su vida será un caminar tras las huellas de Jesús, perfeccionando el carácter a fin de estar preparado para el encuentro con su Señor.

(Mar. 16:16; Rom. 6:1-6; Mat. 25:14-30; 1.ª Cor. 3:16-17; Mat. 24:44). □



filosofía de la edu

TIEMPOS DE CRISIS

Los portavoces autorizados y pseudoautorizados han pregonado que la educación se encuentra en un período casi irreversible de crisis. Por todos lados se patentiza el fracaso de instituciones, de sistemas y de métodos. Los maestros se encuentran como marionetas impotentes frente al avance de la «anti-educación», que hace proliferar la delincuencia infanto-juvenil en un abanico casi incomprensible de actividades apenas imaginables hace pocos años.

Pero lo que ignoran o pretenden ignorar los estudiosos de estos fenómenos socio-educativos es que la escuela no es una isla o un circuito cerrado en sí mismo, que se autoalimenta o perfecciona como si fuera un gigantesco mecanismo autocontrolado. Es la síntesis resultante de una sociedad decadente, la proyección de las acciones más responsables en todos los niveles de la vida cotidiana, por lo tanto con todos sus defectos, de los cuales no puede sustraerse como receptora y transmisora.

Lo que está en crisis es, pues, la sociedad, no la escuela. Desde el hogar, con la falta de solidez en los cimientos verdaderos y lleno de sustitutos tecnológicos, se inicia al niño en una carrera antieducativa, pasando por los diversos estadios de una comunidad que no ha sabido conservar los valores auténticos. Todo este proceso no hace más que imprimir en adolescentes y jóvenes la impronta del fraude, la simulación y el vicio, llámense estas instituciones culturales, políticas, económicas, artísticas e incluso religiosas.

El apartarse de los derroteros formativos fijados por el maestro de Nazareth, ha inspirado a E. G. White a ratificar lo siguiente: «La educación dada a los jóvenes amolda toda la estructura social. Por todo el mundo la sociedad está en desorden y se necesita una completa transformación. Muchos creen que mejores recursos educaciona-

les, mayor pericia y métodos más recientes pondrán las cosas en su lugar. Profesan creer y aceptar los oráculos vivos, y no obstante dan a la Palabra de Dios un puesto inferior en el gran cuadro de la educación. Lo que debiera estar primero se ha hecho accesorio de invenciones humanas» (1).

NECESARIA REFORMA

Una situación tan evidentemente negativa, esencialmente por sus conceptos materialistas del individuo y la sociedad, su ignorancia de los valores espirituales y trascendentales, su falta de ética social o moral religiosa en la práctica, exi-



educación adventista

gen urgentemente una reforma en el arte de la pedagogía (2). Una reforma que debe nacer necesariamente en el hogar y prolongarse después en las relaciones alumno-docente en una cooperación material y espiritual comprometida, liberada y realista.

PRINCIPAL OBJETIVO

Desde el punto de vista de nuestra concepción cristiana de la educación, tanto los valores como las técnicas abarcan toda la vida del hombre, pudiéndose hablar con propiedad de un ministerio evangelizador a través de la educación.

Para realizar este ideal consideramos que los hábitos y principios de un maestro son más importantes que su preparación intelectual. Debe interesarse por igual en la educación física, mental, moral y espiritual de sus alumnos (3).

Tanto, pues, en los fines como en los métodos se debe tener presente un concepto correcto de la educación y se requiere una concepción clara del origen, naturaleza y destino del hombre (4).

«La más alta educación es la que

imparte un conocimiento, una disciplina que conducen a un mejor desarrollo del carácter y prepara el alma para aquella vida que se mide con la vida de Dios» (5).

El enfoque y objetivos de la educación dependen de la filosofía de la vida en todas sus múltiples manifestaciones (6). Por lo tanto nos encontramos dentro del marco de una filosofía cristiana de la educación que persigue el desarrollo armonioso de la persona a lo largo de toda la existencia, y no sólo durante unos años para alcanzar un título; una educación equilibrada del cuerpo, la mente y el espíritu (7); una educación que sobrepasa las metas puramente intelectuales, que es eminentemente práctica preparando al hombre para la vida como individuo, con una personalidad individual y distinta al servicio de los demás y con unos objetivos que trascienden el simple materialismo para proyectarse en una eternidad de perfectas realizaciones en lo físico, mental y espiritual.

E. G. White puntualiza este concepto al decir: «La verdadera educación no desconoce el valor de los conocimientos científicos o litera-

rios, pero considera el poder espiritual como superior al conocimiento, la bondad a la fuerza, el carácter al conocimiento intelectual. El mundo no necesita tanto hombres de gran intelecto como de carácter noble. Necesita hombres en quienes la capacidad sea dirigida por principios cristianos eternos» (8).

Este es el objetivo educacional que la **Iglesia Cristiana Adventista** se ha propuesto llevar a cabo en todas sus instituciones: una plena y permanente educación del hombre como ser integral y trascendente, esencialmente posible tan sólo bajo la dirección de Dios como única fuente de la educación verdadera (9). □

(1) White, Elena G.: *La Educación Cristiana*, pág. 111.

(2) White, Elena G.: *La Educación*, pág. 221.

(3) White, Elena G.: *La Educación Cristiana*, pág. 13.

(4) General Conference: *La Educación Cristiana en las Escuelas Adventistas*. Trad. del Departamento de Educación USE, pág. 1.

(5) White, Elena G.: *Consejos para los Maestros*, pág. 37.

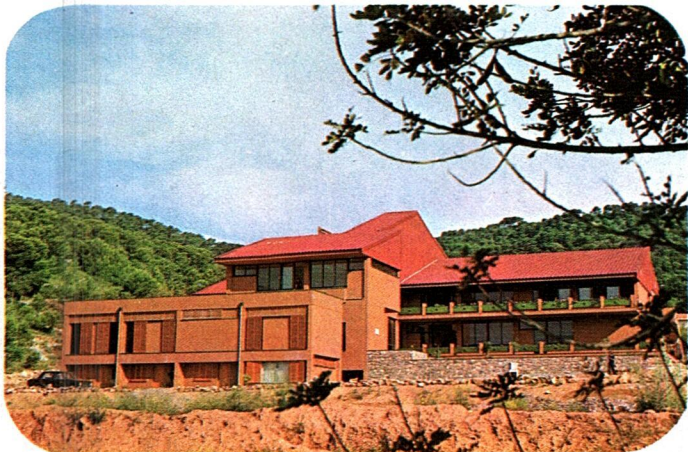
(6) General Conference. *Op. cit.*, pág. 1.

(7) White, Elena G.: *La Educación*, pág. 211.

(8) Posse, Raúl L.: *La Iglesia Adventista y su misión educativa*. CAS, pág. 2.

(9) White, Elena G.: *La Educación*, págs. 15-16.

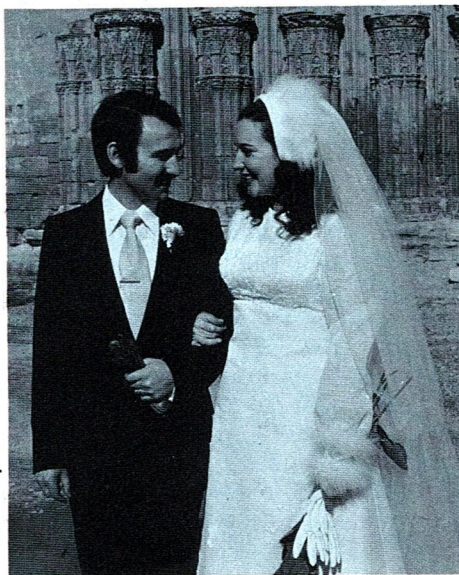
Colegio Adventista de Sagunto, España. Edificio de aulas con modernas instalaciones y capacidad para 200 alumnos internos.



Universidad de Andrews, USA. Los 3.000 alumnos pueden obtener el doctorado en varias ramas. En la foto, el templo Pioneer Memorial con capacidad para 2.100 personas sentadas.



La Religión en el H



«solo donde el hogar es un altar a dios, es posible la paz.»

Es una gran verdad que la sociedad no será nunca mejor que los hogares que la componen. De ahí la gran necesidad de crear y mantener hogares capaces de contribuir a la elevación moral de la sociedad y a su mayor felicidad y estabilidad.

El matrimonio y la familia no han pasado de moda; nunca pasarán, porque Dios mismo inventó esta institución, evidentemente hoy en crisis, porque es la que responde a las más elementales necesidades sociales del ser humano. En consecuencia, no podemos pretender su contingencia según las modas «modernas» que preconizan una total liberación de los sentimientos sin aceptar compromisos definitivos.

La solución no es desechar la institución, sino corregirla, purificarla de todo lo negativo que pueda tener por una mala interpretación de sus fines y significado, hacer que sea lo que Dios quiso que fuera: el mejor sistema para que el hombre y la mujer se sintieran completamente felices y realizados.

Describamos a grandes rasgos lo que es un hogar típicamente adventista, regido por estos principios.

Sin duda alguna, la identidad de creencias y prácticas religiosas, y ello es fácilmente demostrable, es lo que más une a los cónyuges, y a éstos con sus hijos. No es, pues, de extrañar que

se insista como norma de la Iglesia, en buscar una pareja de la misma fe cuando se pretende fundar una familia.

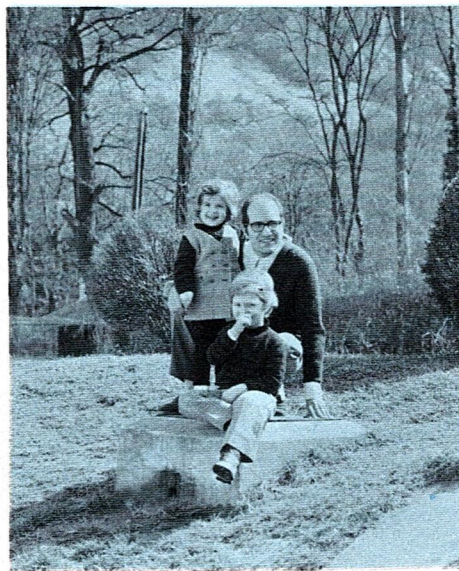
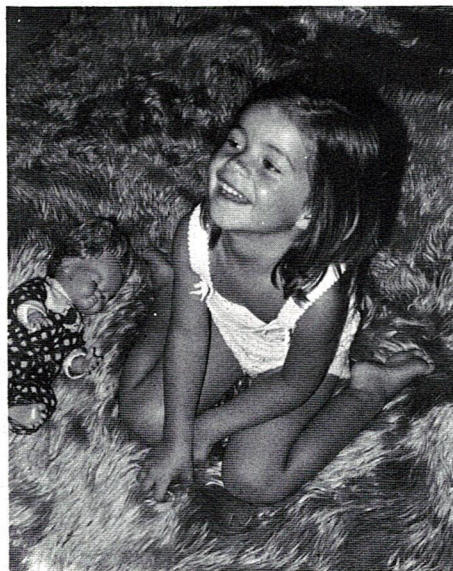
Este factor tan positivo será el eje alrededor del cual girarán todas las cosas, todas las relaciones, todos los proyectos. El objetivo primordial es mantener ese hogar, no durante 50 ó 60 años, sino por la eternidad.

Este hecho condiciona el ambiente y la conducta de todos sus miembros.

En las relaciones entre esposos distinguiremos un espíritu de amor, una actitud cortés y amable, una disposición al perdón y a la reconciliación cuando hay conflictos y una absoluta fidelidad. El divorcio jamás se verá como una solución. Siempre se buscará antes toda posibilidad de comprensión, de adaptación, de perfeccionamiento mutuo y paciencia con los defectos del otro, sin por ello dejar de ser capaces de examinar cada situación y ponerse juntos de rodillas buscando la dirección divina.

Los padres son conscientes de la influencia que su conducta y hábitos tienen sobre sus hijos aún antes de que éstos nazcan. Por ello tendrán, ya durante el embarazo, un cuidado especial en la alimentación, el uso de ciertos medicamentos, y de todo aquello que pueda incidir en la formación del feto.

En las relaciones padres-hijos, desde



hogar

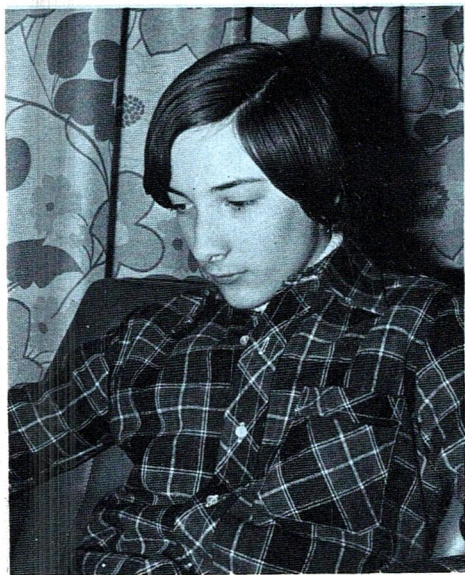
la más tierna infancia, se tiene siempre un concepto especial de la educación que consiste en buscar el desarrollo armonioso de las facultades físicas, mentales y espirituales en vista a la restauración de la imagen de Dios en el hombre.

Parte importante de esta educación es el compañerismo, el diálogo, la recreación juntos, la sana alegría y la reprensión o el castigo justificado y explicado, sin ira, con calma e incluso con oración.

En suma, se trata de comprender al máximo las condiciones adversas que la civilización occidental ha originado para la buena comprensión entre padres e hijos.

Y si en el matrimonio es importante la misma profesión de fe, en la relación de los padres con los hijos, es éste el mejor aglutinante, la mejor base, la mejor garantía para alcanzar el éxito. La familia comienza y termina el día, siempre que ello es posible, con una meditación religiosa, con una oración juntos. Los vínculos que nacen del orar juntos difícilmente se romperán, a pesar de los problemas y de las adversidades.

También cada comida es precedida por la bendición de los alimentos y hasta los niños más pequeños comienzan a orar apenas saben articular sus primeras frases.



Pero el punto más alto de la vivencia religiosa en el hogar adventista es el día de sábado. Desde el viernes por la tarde todo se prepara, ropa, calzado, limpieza, comida con algo especial. El ambiente es el de esperar un día sagrado de gozo, ambiente familiar, y vida de iglesia.

A la puesta de sol del viernes se recibe el día santo, todos juntos, al igual que se le despedirá veinticuatro horas más tarde al comenzar una nueva semana.

El sábado por la mañana padres e hijos se dirigen al templo. Allí repasarán primero la lección bíblica, estudiada durante la semana, en pequeños grupos de lo que se llama Escuela Sabática. Después es la hora solemne del culto, la predicación de la Palabra de Dios. Por la tarde pueden haber actividades diversas en armonía con el espíritu del sábado o bien toda la familia se dispondrá a compartir una agradable tarde en medio de la naturaleza.

Estos niños, así educados, con principios claros, son preparados para ser hombres y mujeres no sólo más felices y con una esperanza superior, sino para ser útiles en la sociedad y en el país donde les ha tocado nacer, con integridad y auténtico espíritu cristiano. Ellos serán el mejor fermento para un mañana mejor. □

«la sociedad
no será nunca
mejor que los
hogares que
la componen»



Salud, premio de la Temperancia

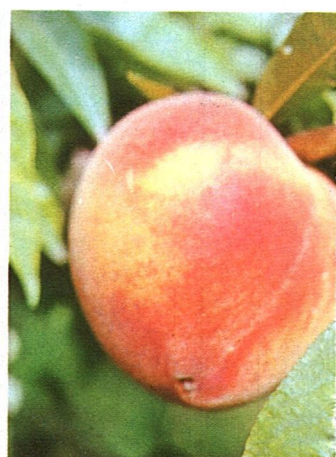
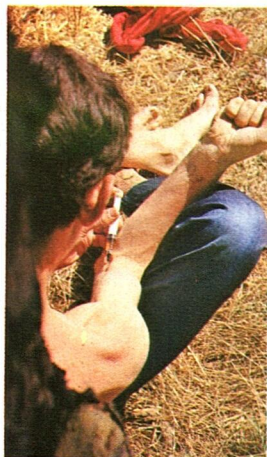
Distintos estudios comparados entre miembros de la *Iglesia Adventista* y personas de las mismas características, edad, sexo y residencia, de otras denominaciones, han demostrado que los adventistas no sólo viven más sino también mejor. Cuando su pertenencia a la Iglesia se data en decenios están prácticamente exentos de cáncer de pulmón; en los miembros más recientes son mucho menos frecuentes que en la media general los cánceres de boca y laringe, la bronquitis crónica, el enfisema y el infarto de miocardio.

Las reglas fundamentales que siguen los adventistas en su propósito de llevar una vida sana, son tres:

Lucha contra la dependencia de drogas.—Esto significa considerar todo producto que produce dependencia física o psíquica como peligroso y perjudicial, aún los socialmente admitidos, como el tabaco y el alcohol. Los miembros son instruidos en cuanto a la abstinencia de ellos y se ayuda y orienta a todo aquel que desea suprimir estos productos de su vida.

En este aspecto se han adelantado en más de un siglo a lo que hoy afirma la ciencia médica. Una autora adventista del siglo pasado afirmaba ya que los no fumadores se ven contaminados por el humo de los que fuman y que los que viven en una atmósfera de humo producido por el tabaco acaban por enfermar. (Temperance, p. 58). Hoy se están tomando toda una serie de medidas para separar a los fumadores de los que no lo son en los lugares públicos: restaurantes, aviones, trenes, etcétera.

En su esfuerzo por ayudar a



los fumadores la *Iglesia Adventista* patrocina el mundialmente conocido «Plan de cinco días para dejar de fumar», que según un estudio de la Asociación Noruega del Cáncer, es el mejor procedimiento para abandonar el tabaco entre los métodos que no exigen el ingreso en una institución especializada.

El alcoholismo es también otro de los frentes de lucha. Nada fácil en España, porque significa luchar contra arraigadas costumbres y porque el alcoholismo responde a procesos psi-

cológicos y al parecer orgánicos más complejos que aquellos que llevan al uso del tabaco. Con todo, conferencias, libros y cursillos constituyen una labor permanente de esta denominación en su lucha contra la plaga social que representa el alcoholismo.

Ejercicio físico y vida al aire libre. — Los cardiólogos precinizan desde hace años el ejercicio como medio de prevenir el infarto de miocardio. Los adventistas han defendido siempre la utilización de los perío-

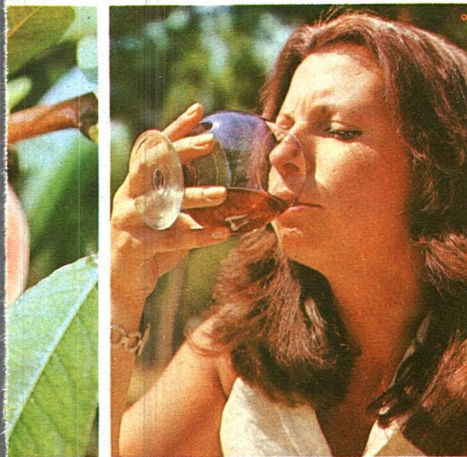


portancia a la pureza del aire que respiramos.

Alimentación. — Sin exponer pormenorizadamente los principios adventistas relativos a los alimentos, puede señalarse que contienen lo que antes se consideraban extravagancias y ahora se estiman hallazgos de la Ciencia. El 7 de abril del presente año, el Día Mundial de la Salud ha tenido como tema la hipertensión y en él se ha hecho hincapié en la necesidad de reducir el consumo de sal. Pues bien, en 1905, en «Counsels on Diet and Foods» escribía la autora adventista americana E. G. White: «Los alimentos deben prepararse con la mayor sencillez posible, exentos de una cantidad indebida de sal.»

Esta Iglesia Cristiana ha aplicado fielmente desde 1863 la enseñanza de la estrecha relación existente entre las partes psíquica y orgánica del ser humano. En aquella fecha escribió la autora citada: «Es un deber sagrado preocuparse por la salud e incitar a los demás a que hagan lo mismo.»

Esa incitación se ha traducido en la práctica por un enorme esfuerzo médico y sanitario, muy superior al que lleva a cabo cualquier otra de las grandes iglesias cristianas. Más de *siete mil médicos y enfermeras*, que trabajan en unas *trescientas cuarenta instituciones*, que van desde la Facultad de Medicina hasta el dispensario móvil que surca las aguas del Amazonas, son claro indicio de que los adventistas hacen suyas las palabras del apóstol San Juan: «Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y *que tengas salud*, así como tu alma está en prosperidad» (3.^a Juan 2). []



dos de ocio para hacer ejercicio y de preferencia al aire libre.

A finales del siglo pasado la literatura adventista afirmaba que «cuanto más ejercicio hagamos, mejor será la circulación de la sangre». (Elena G. White, *Counsels on Health*, página 173).

La contaminación del aire es ahora una inquietud común, pero nadie se ocupaba del problema cuando la *Iglesia Adventista* comenzó a señalar la necesidad de conceder más im-



D. EDUARDO DE ZULUETA

Director General de Asuntos Eclesiásticos del Ministerio de Justicia.

Cuando aún no había iniciado mis contactos con los grupos cristianos no católicos en España y me dedicaba exclusivamente a las funciones que tradicionalmente desempeñaba el Director General de Asuntos Eclesiásticos, entré en contacto con los grupos Adventistas con ocasión del primer Congreso Mundial de Libertad Religiosa, que se celebró en Amsterdam, en marzo de 1977. Por iniciativa de los mismos, fuimos sus huéspedes el entonces Subsecretario de Justicia, D. Rafael Mendizabal y yo, para asistir al emotivo y sentido homenaje a D. Fernando María Castiella, artífice principal de la Ley de 1967 y paladín e iniciador de la libertad religiosa en España y que tuvo lugar en el acto de clausura de dicho Congreso.

En esta forma tan entrañable, los Adventistas representaron para mí el principio de unos contactos que, con el tiempo, iban a ser bien enriquecedores y llenos de esperanza, abriéndome unos horizontes de convivencia y de colaboración que van constantemente en aumento y que ya se están plasmando en resultados concretos.

Con el tiempo he podido conocer a los Adventistas más a fondo, apreciando sus variadas y múltiples cualidades, su sencillez, su espíritu fraterno, su paciencia y constancia, su enorme determinación en favor de todas las causas nobles y difíciles, su lucha por los grandes valores de la vida y su profunda espiritualidad; pero, sobre todo, lo que más me ha unido a ellos, es la labor tan extraordinaria e incansable que realizan por el mundo en favor de la libertad religiosa. Con prudencia, pero con decisión y sobre todo y por encima de todo con amor, libran por doquier la gran batalla por la libertad religiosa. La libertad y en especial la libertad religiosa, madre de todas las demás, nunca se encuentra definitivamente acabada, lograda y terminada. Hay que defenderla, apuntalarla, fortificarla, cada día, sin desfallecer, con ánimos siempre renovados.

Es ahí donde nos hallamos fraternalmente unidos; no en balde el Congreso de Amsterdam representó nuestro primer encuentro. Fue todo un símbolo y un excelente augurio.

Los Adventistas, por su comportamiento y por sus frutos, han ido granjeándose la simpatía, el afecto y el respeto de todos. Que sigan creciendo y desarrollándose a la luz de nuestro común Evangelio, para el bien de las demás comunidades religiosas y de todos los que buscan la trascendencia y una cada vez mayor realización espiritual.—Eduardo de Zulueta.

Monseñor LUIGI G. LIGUTTI
Representante del Vaticano en la FAO.

Monseñor Luigi G. Ligutti ha sido durante veinticinco años el representante del Vaticano en la FAO, Organización de las Naciones Unidas que se ocupa de la Alimentación y de la Agricultura.

En una carta escrita al Dr. Gianfranco Rossi, Director del Departamento de Comunicaciones de la Unión Sudeuropea de los Adventistas del Séptimo Día, expresa lo siguiente:

“Habiendo viajado extensamente durante muchos años por los países subdesarrollados he tenido ocasión de visitar y observar de cerca las obras abundantes de los grupos misioneros adventistas. Admiro, de una forma muy especial, su gran trabajo en el campo de la salud y de la agricultura.

Estoy contento de ser amigo de los adventistas y poderme unir a ellos en la obra en favor del desarrollo del mundo y, más particularmente, en favor de los pobres de este mundo”. []



Dr. J. ANTONIO VALTUEÑA

De la Organización Mundial de la Salud, Ginebra, Suiza.

La Iglesia Cristiana Adventista y su doctrina han ejercido en mi vida una constante y marcada influencia, pero quiero referirme ahora a un aspecto que para mí ha revestido particular importancia. Ya antes de comenzar mis estudios médicos, el adventismo me transmitió el interés por la Medicina preventiva y por la responsabilidad personal en el mantenimiento de la salud.

La lectura de los escritos de la Sra. White me llevó a sostener el valor de la alimentación correcta, del ejercicio físico, de la educación sanitaria y del uso moderado de medicamentos cuando toda la Medicina estaba basada en la asistencia hospitalaria y en la administración de fármacos cada vez más numerosos y yatrogénicos.

Todos los especialistas en salud pública reconocen ahora que la medicina no ha de ser puramente curativa sino también, y tal vez ante todo, preventiva: la doctrina adventista lo sostuvo hace ya más de un siglo.—Dr. José A. Valtueña. OMS, Ginebra.



Mr. DON H. CLAUSEN

Senador del Congreso de los Estados Unidos de América.

Don Clausen, miembro del Congreso de los Estados Unidos de América, de religión luterana, ha colaborado con la Iglesia Adventista en diversos proyectos, lo que le ha permitido conocer de cerca su obra y sus creencias. Entre otras cosas ha dicho:

“¿Por qué admiro a los Adventistas del Séptimo Día?

- Porque son distintos.
- Porque tienen convicción y valor.
- Porque se preocupan por la gente.
- Porque tienen dignidad y un objetivo definido.
- Porque practican lo que creen.
- Porque viven de acuerdo con la Biblia.
- Porque son un grupo cristiano constructivo, creativo y conservador con un compromiso total con los principios fundamentales de la fe cristiana.

Los Adventistas que yo he conocido y observado se adhieren estrictamente al principio de la separación de la Iglesia y el Estado. Consecuentes con ésto se manifiestan en contra de cualquier legislación que represente una violación de esta doctrina.

Toman en serio sus responsabilidades de ciudadanos. Respetan, apoyan y oran por los líderes que han sido elegidos y son activos en todos los asuntos comunitarios.

Debido a que los Adventistas del Séptimo Día están más interesados por los problemas de la gente que por la política, han sido aceptados y respetados por todos los gobiernos del mundo que reconocen su obra en favor de la humanidad. Una vez que los líderes políticos han comprendido con claridad los motivos y propósitos de la iglesia, les permiten realizar sus propios programas sin obstáculos.

No se inmiscuyen en los procesos políticos. Ejercitan su ciudadanía con sentido de responsabilidad. Votan en armonía con sus convicciones.”

(“Review and Herald”, mayo 1978, págs. 7,8)

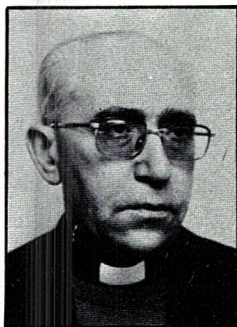
Mr. BROOTON HERNDON

Autor de numerosas obras de gran difusión sobre sociología.

Brooton Herndon, escritor imparcial, recibió de una de las mayores editoriales del mundo, McGraw-Hill, el encargo de preparar una obra sobre la Iglesia Adventista. Así nació “El 7.º Día”, más de cinco ediciones en inglés y varias en español. Concluye su libro, pág. 195, con el siguiente testimonio:

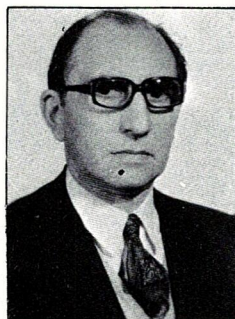
No son los adventistas los que gimen de terror al ver que las agujas del reloj celestial se acercan a la medianoche. Porque por más de un siglo ellos han predicado el fin del mundo, mientras los otros les daban la espalda. Ahora, mientras los sabios miran el futuro con creciente horror, el pueblo adventista lo contempla con creciente gozo. Para ellos, el final es sólo el comienzo. Están aumentando sus prodigiosos esfuerzos de predicar el Evangelio. En respuesta a los afligidos que se lamentan de que desde la llegada de la bomba termonuclear no hay donde esconderse, contestan: "Si, hay un lugar seguro bajo el manto de la promesa de Dios, de que El librará en aquel temible día, a todo aquel que acepte su ofrecida salvación".

Los adventistas han dedicado su vida a predicar la proximidad de aquel día y la universalidad de la salvación que Dios ofrece. La suya no es una derrotista endecha de "Minutos para la Medianoche". Más bien dicen ellos que la hora es: "Minutos para el amanecer, ¡el glorioso amanecer del advenimiento de Cristo!"



D. JULIAN GARCIA HERNANDEZ

Del Secretariado de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales.



D. ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Escritor y profesor, colaborador de la revista Triunfo.

Gustoso accedo a la petición que se me ha hecho de unas líneas sobre mis contactos con la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En ellas quiero manifestar la amistad que me une a algunos de sus pastores, en los cuales quiero ver reflejadas las características principales de la espiritualidad adventista: sinceridad y espíritu de oración, compañerismo y fraternidad en el Señor, alta moralidad y espíritu de servicio.

Conocidas de todos son las normas éticas y las prácticas de conducta social que el adventismo promueve, así como el esfuerzo que realiza por la promoción de la cultura, la ayuda a los necesitados y las campañas que organiza contra los narcóticos y las drogas.

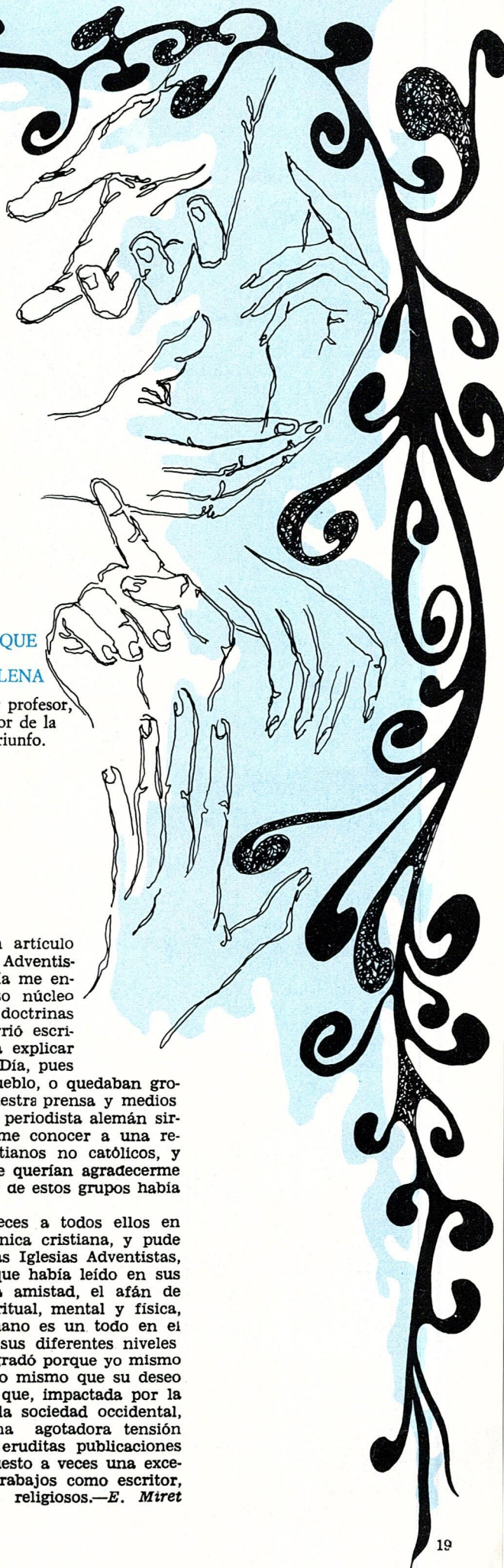
La Iglesia Adventista no forma parte del Consejo Ecuménico de las Iglesias, pero es fuertemente sensible al movimiento ecuménico. Dentro de las fronteras de nuestra nación algunos de sus pastores asisten asiduamente a las reuniones del Comité Cristiano Interconfesional y comparten el interés común de todos sus miembros por los temas de la objeción de conciencia, matrimonios mixtos, problemática de la enseñanza, promoción y defensa de los derechos humanos, entre los que ocupa un lugar destacado el de la libertad de conciencia, tema al que dedican

una de sus principales revistas: "Conscience et Liberté".

Lo que siempre me ha llamado más poderosamente la atención en el trato con hermanos adventistas es el énfasis que conceden a la esperanza. El Adventismo es una actitud y una vida marcada por la espera, espera vigilante y activa, que aguarda el cumplimiento de la promesa que se hace en el Evangelio: "Vendré otra vez" (Jn. 14:3). Por eso, más de una vez, en los retiros interconfesionales de oración que se celebran en el tiempo litúrgico del Adviento, suele encomendarse una parte muy notable de los mismos a algún pastor adventista.—Julian García Hernando.

Sin conocerlos aún escribí un artículo en la revista *Triunfo* sobre los Adventistas. Yo soy de Zaragoza, y un día me enteré que allí había un numeroso núcleo de trabajadores que seguían las doctrinas adventistas. Por eso se me ocurrió escribir ese artículo. En él pretendía explicar que eran los Adventistas del 7.º Día, pues o resultaban desconocidos del pueblo, o quedaban grotescamente caricaturizados en nuestra prensa y medios de difusión. A los pocos días un periodista alemán sirvió de intermediario para hacerme conocer a una representación de los grupos cristianos no católicos, y entre ellos a los Adventistas, que querían agradecerme los diversos artículos que a favor de estos grupos había escrito.

Más tarde convoqué varias veces a todos ellos en reuniones de convivencia ecuménica cristiana, y pude asistir a actos y asambleas de las Iglesias Adventistas, donde pude apreciar lo mismo que había leído en sus libros: la sencillez, la afectuosa amistad, el afán de ayudar a una mayor salud espiritual, mental y física, pues ellos creen que el ser humano es un todo en el cual no se encuentran separados sus diferentes niveles de vida. Su vegetarianismo me agradó porque yo mismo lo he practicado durante años; lo mismo que su deseo de ayudar a distender la mente que, impactada por la acelerada vida que se lleva en la sociedad occidental, padece, en el hombre actual, una agotadora tensión. Y he apreciado igualmente sus eruditas publicaciones histórico-teológicas que han supuesto a veces una excelente documentación para mis trabajos como escritor, profesor y pensador de temas religiosos.—E. Miret Magdalena.



así es...

Dinamismo, acción, ritmo de vida, energía de alto voltaje, sed de vivir, aventura, sueños y esperanzas, amor y alegría...

Todo ello y más podría ser la definición de Juventud.

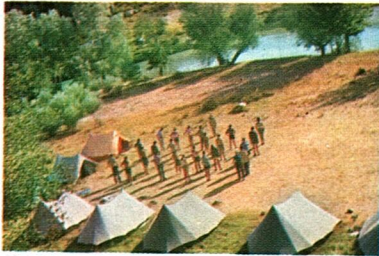
La Iglesia Adventista posee ese don. El 70 % de su feligresía es joven y VIVE cada día su MISION LEUDADORA EN LA

[TIERRA, mientras se acoge a la esperanza de una ETERNA JUVENTUD EN LOS CIELOS.

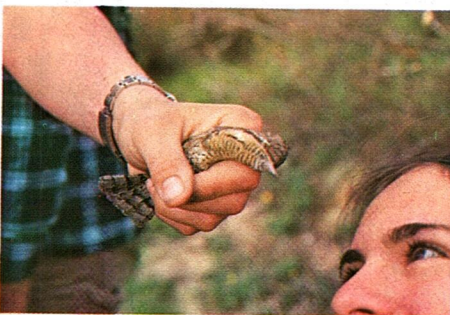
Una y otra son los móviles que impulsan su acción.



Así es,
así piensa,
así vive
la juventud
adventista



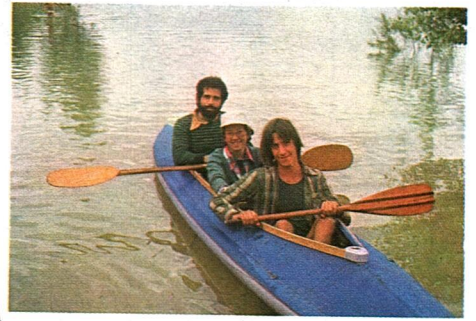
Ya desde niños han aprendido a admirar a Dios en sus obras y gustan del contacto con la naturaleza que El creó.



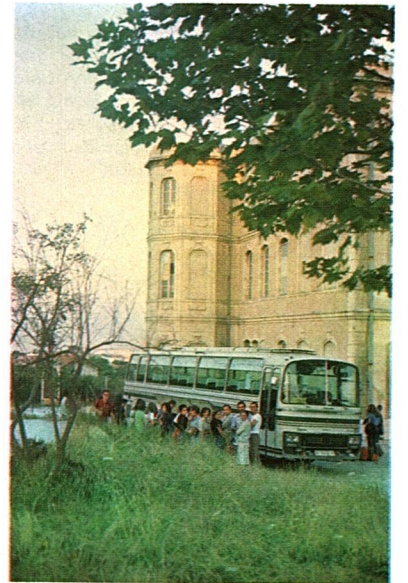
El estudio de las aves y sus costumbres, así como el anillamiento científico de las mismas, son una de sus actividades en los campamentos ornitológicos.



Conocer las plantas y su utilidad es más que un «hobby» para nuestros jóvenes. Los campamentos de SUPERVIVENCIA y vida dura, les prepara para tiempos de dificultad o desastre.



El deporte toma un alto valor a sus ojos. Comprendiendo que su cuerpo es un don de Dios, impulsan su desarrollo buscando el equilibrio armónico entre lo físico, lo mental y lo espiritual.



Su «Club de Viajes Internacionales» promueve no sólo el desarrollo cultural, sino un contacto con otros pueblos y culturas, así como la participación en Congresos, eliminando el concepto de fronteras y razas, ajeno al espíritu evangélico.



así piensa...

Pacifista y no combatiente promueve la NO VIOLENCIA en medio de un mundo cada vez más violento.

14, 15 Marzo
8 Tarde
Facultad de Derecho

NO VIOLENCIA ¿ES POSIBLE?

El Dr. **Pierre Lanarés** y el Prof. **Daniel Basterra**, disertarán sobre la NO VIOLENCIA como figura sustantiva de la objeción de conciencia y sobre el ecumenismo como amenaza o solución al cristianismo.

ORGANIZA: **A.E.G.U.A.E.**

Asociación de Estudiantes y Graduados Universitarios ADVENTISTAS de España



Convencidos del daño que causan todo tipo de drogas, manifiesta su disconformidad y promueve una salud sana entre jóvenes y adultos.

Los cursillos de socorrismo son frecuentes en su medio, para poder ser más útiles al prójimo, en medio de la sociedad en la cual se mueve.



El Servicio Voluntario Adventista (S.V.A.) promueve entre los jóvenes el don de sí, no sólo en su ambiente diario, sino también en los países del Tercer Mundo, especialmente en Africa.

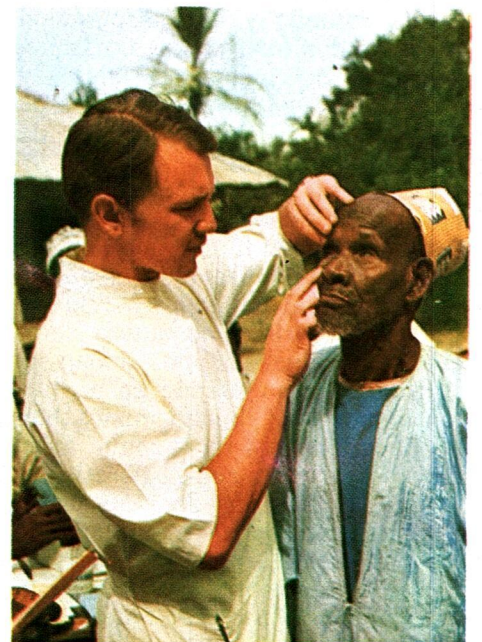
así vive...

Su Asociación de Estudiantes y Graduados Universitarios Adventistas de España (AEGUAE) da el testimonio de su fe en las aulas magnas de la universidad y promueve el diálogo abierto sobre temas tan candentes como el de «Creación o Evolución».

«La vida que no florece es estéril y escondida, es vida que no merece el santo nombre de VIDA.»
Vivir para sí es humano.
Vivir para los demás es divino.



Así lo cree la Juventud Adventista. Por ello, en plazas y calles, con cantos y mensajes da testimonio de su fe y de su esperanza.



Cada año, un nutrido grupo de jóvenes de ambos sexos van a los campos de misión para dedicar un año de su vida como ofrenda voluntaria en favor de las clases pobres y necesitadas. Así, siguiendo a Jesucristo su gran Líder, y sembrando amor en la tierra esperan el cumplimiento de la promesa de Cristo: «Vendré otra vez.»

Iglesia - Estado

Con fecha 18 de abril de 1917, el Comité Ejecutivo de la División Norteamericana de los **Adventistas del Séptimo Día**, reunidos en Huntsville, Alabama, adoptó un acuerdo que puede ser considerado como oficial en relación al tema que nos ocupa. Decía entre otras cosas: «A las autoridades legítimas: como cristianos creemos que el gobierno civil está ordenado por Dios. Reconocemos también que el gobierno tiene derecho a exigir lealtad y servicio... Estamos dispuestos a cumplir con nuestras obligaciones con la mejor buena voluntad y abnegación... Solicitamos que nuestras convicciones religiosas sean reconocidas por las autoridades...»

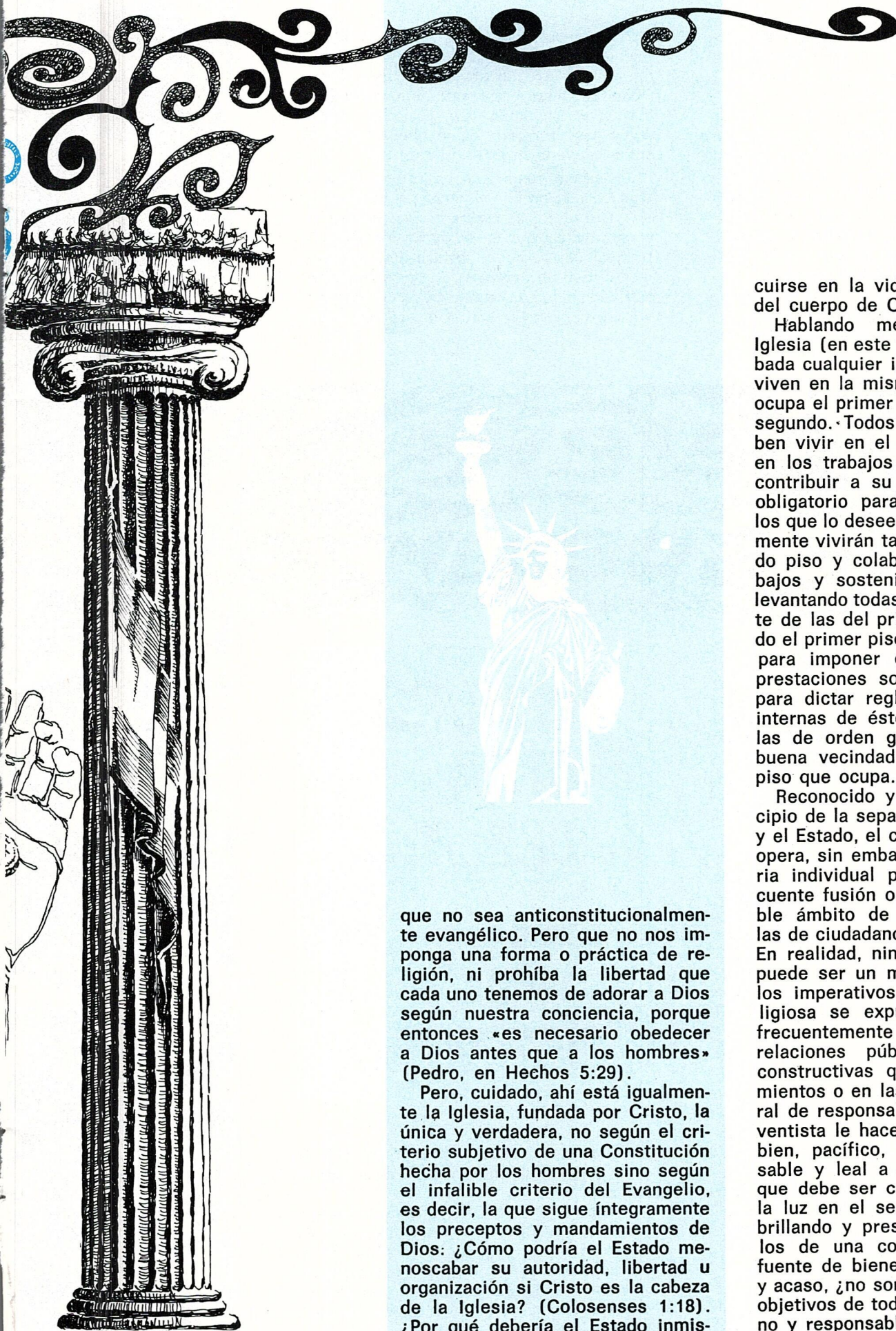
La **Iglesia Adventista** cree que nuestro Señor Jesucristo estableció la rotunda y neta separación entre las dos instituciones más importantes del mundo, la Iglesia y el Estado. «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mateo 22:21).

Si en toda hipótesis, sea coyuntural o permanente, ha de quedar siempre a salvo la autonomía y laicidad del Estado, también debe estarlo la independencia y libertad de la Iglesia. Esto no quiere decir que ambas instituciones deban ignorarse —como sucede en bastantes países— ni mucho menos que se hagan la guerra —como tanto sucedió en el pasado—. Pero la solución contraria, es decir, la unión Iglesia-Estado, cuya manifestación cumbre suele efectuarse por medio de la declaración constitucional de la confesionalidad del Estado, teniendo como contrapartida la cesión por parte de la Iglesia de parte de sus sagradas prerrogativas, es posiblemente aún peor, puesto que se está haciendo renuncia y hasta traición a unos principios instituidos por Dios mismo. «Dad al César (Estado) lo que es del César (su autoridad y facultades) y a Dios lo que es de Dios» (por me-

dio de su Iglesia y con todas las atribuciones que Cristo le dejó).

La **Iglesia Adventista** reconoce que este principio entraña la total separación del binomio Iglesia-Estado, cree y acepta asimismo la potestad del Estado manifestada en sus independientes atribuciones legislativas, judiciales y ejecutivo-administrativas (impuestos, policía, servicio militar o sustitutivo civil, orden público y social, etc.) «Sometase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste...» (Romanos 13:1,2). Ahí está el César; démosle lo que nos pida, sea nuestro dinero, tiempo o servicio, siempre





que no sea anticonstitucionalmente evangélico. Pero que no nos imponga una forma o práctica de religión, ni prohíba la libertad que cada uno tenemos de adorar a Dios según nuestra conciencia, porque entonces «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Pedro, en Hechos 5:29).

Pero, cuidado, ahí está igualmente la Iglesia, fundada por Cristo, la única y verdadera, no según el criterio subjetivo de una Constitución hecha por los hombres sino según el infalible criterio del Evangelio, es decir, la que sigue íntegramente los preceptos y mandamientos de Dios: ¿Cómo podría el Estado menoscabar su autoridad, libertad u organización si Cristo es la cabeza de la Iglesia? (Colosenses 1:18). ¿Por qué debería el Estado inmis-

cuirse en la vida, orden o misión del cuerpo de Cristo?

Hablando metafóricamente, la Iglesia (en este término está englobada cualquier iglesia) y el Estado viven en la misma casa. El Estado ocupa el primer piso y la Iglesia el segundo. Todos los inquilinos deben vivir en el primero, colaborar en los trabajos inherentes a él y contribuir a su sostenimiento; es obligatorio para todos. Pero sólo los que lo deseen libre y voluntariamente vivirán también en el segundo piso y colaborarán en sus trabajos y sostenimiento económico levantando todas sus cargas —aparte de las del primero—, no teniendo el primer piso ninguna autoridad para imponer coactivamente las prestaciones sobre el segundo ni para dictar reglas de convivencia internas de éste, sino únicamente las de orden general de la casa, buena vecindad y las propias del piso que ocupa.

Reconocido y defendido el principio de la separación de la Iglesia y el Estado, el creyente adventista, opera, sin embargo, en su ejecutoria individual pública, una consecuente fusión o síntesis de su doble ámbito de responsabilidades: las de ciudadano y las de creyente. En realidad, ningún buen creyente puede ser un mal ciudadano pues los imperativos de conciencia religiosa se expresan mucho más frecuentemente en el ámbito de las relaciones públicas positivas y constructivas que en los disentimientos o en las negativas. La moral de responsabilidades de un adventista le hace ser un hombre de bien, pacífico, trabajador, responsable y leal a la autoridad. Sabe que debe ser como la sal y como la luz en el seno de la sociedad, brillando y preservando los vínculos de una convivencia que sea fuente de bienestar y de felicidad y acaso, ¿no son éstos también los objetivos de todo Estado justo, digno y responsable? □

La religión cristiana ha dado a la esperanza un valor esencial, al revelarnos las raíces profundas de la situación del hombre y el plan divino de su redención.

Al fundar en la persona y en la historia de Jesucristo todas sus promesas acerca del futuro, la fe cristiana ha hecho de la actitud de la esperanza el centro mismo de la experiencia religiosa. Puede decirse con Jürgen Moltmann que «el cristianismo, en su integridad y no sólo en un apéndice, es esperanza, mirada y orientación hacia adelante, apertura y transformación del presente» (1).

Los adventistas creemos, y tenemos suficientes elementos para probarlo, que la esperanza es la síntesis, esencia y razón de ser

de la primera iglesia. La parusía o advenimiento del Señor que ha dado nombre a nuestra iglesia constituye el objeto fundamental de nuestra esperanza. Somos el pueblo que vive esperando que Jesucristo vuelva según sus promesas. ¿Qué puede significar, entonces, vivir en actitud de espera?

La espera condiciona en primer lugar la vigilancia, como dijo el Señor (2) y ésta exige una actitud, no de espera pasiva, sino de esperanza activa que en su dimensión ética determina dos actitudes principales, primeramente todo un programa de preparación personal, de reforma moral, dicho de otro modo, de conversión real. En segundo lugar,

Vida en la Esperanza

de nuestra actitud religiosa. Esto no significaría una particularidad especial de nuestra fe si no fuera porque, debido a las muchas transformaciones que ha sufrido la Iglesia Cristiana con el correr de los siglos, esa esperanza consustancial a la religión ético-profética de la Biblia, tuvo que emigrar del seno del cristianismo al ser sustituida por las estructuras ontológico-culturalistas de los dogmas y de las jerarquías.

Hoy todos los cristianos tenemos a bien hablar de la esperanza, cierto es que no tiene para todos el mismo significado y que mientras unos esperamos el reino de Dios descendiendo de los cielos, otros lo esperan como resultado de sus tácticas revolucionarias. A pesar de todo debemos reconocer que, desde hace algún tiempo, hay un movimiento vitalizador de la esperanza en el seno de las iglesias.

Sin embargo, muy pocos cristianos están viviendo la esperanza como la actitud fundamental de su experiencia religiosa, muy pocos encuentran en ella los recursos, las potencialidades o motivaciones para transformar su presente y mirar con gozo y seguridad hacia el futuro. Muy pocos tienen una esperanza actuante que haga de ellos, en este tiempo de profunda crisis de fe y de humanismo, protagonistas de la esperanza mesiánica del Nuevo Testamento.

Nosotros, los adventistas, nos sentimos, y lo decimos con toda la responsabilidad que esta convicción implica los herederos espirituales, en este tiempo, de la actitud religiosa

«VENDRE
OTRA
VEZ...» JESUS

«ven,
señor
jesús» JUAN

una actitud de rechazo, de ruptura, de contestación y de inconformismo con el mundo presente.

Estas dos actitudes se conjugan en un solo y mismo resultado: la transformación del mundo presente, pero no en un plano de revolución política, de cambio de estructuras, sino en un plano de revolución personal efectiva con incidencia positiva en la estructura social misma.



Si el cristianismo en general se hubiera mantenido más auténticamente consciente de su misión reformadora, si no se hubiese aliado tantas veces con el mundo presente, contemporizando con él en lugar de transformarlo, la humanidad no sufriría hoy la profunda decepción que tiene de las grandes iglesias cristianas.

La espera determina además en nosotros la confianza o, de otra manera, la superación de las contingencias dolorosas del presente. La seguridad en el futuro inmediato que se espera hace que el creyente adventista sienta la transitoriedad de la vida actual, su fuga-

firme cuando tenemos que superar la última alienación de este mundo, la muerte. Ante este hecho irremediable, ineludible, muchas filosofías se derrumban, muchas muletas humanas se caen creando un pavoroso vacío; el silencio o la soledad desmienten los sistemas falsos o las esperanzas utópicas. Pero para el creyente adventista la esperanza en el advenimiento está asociada a la esperanza en la resurrección de la carne y ésta está garantizada por la propia resurrección histórica de Cristo, tal y como argumenta San Pablo en 1.^a Corintios 15. De esta forma nuestra esperanza no es un mero subterfugio, una

vana resignación o una huida de este mundo de crudas realidades, apoyada en la creencia de la inmortalidad del alma que resuelve la salvación fuera de la existencia y del destino histórico del hombre. Nuestra esperanza ante la muerte, es esperanza dentro de la historia y desde la historia.

La resurrección de Cristo, de la que todo el Nuevo Testamento se erige en testigo, es la garantía de la resurrección de los justos y ésta es una solución que se promete y espera en el marco mismo de la existencia humana. La Biblia nos dice: «Tus muertos vivirán, junto con mi cuerpo muerto resucita-



idad, su irrelevancia. Nada es suficientemente grande como para comover nuestra confianza y producir la desesperanza. Cuando el infortunio, la desgracia o el fracaso se ceban en nuestras vidas, la confianza se adueña de nuestro ánimo para decirnos: «Nuestra vivienda es en los cielos, de donde también esperamos al Salvador...» (3).

La espera se convierte en esperanza

rán» (4) y el creyente adventista lo cree firmemente, porque Cristo ya rompió, una vez, las ataduras del sepulcro y de la muerte. La actitud de la espera y de la esperanza es para nosotros un motor y un asidero. Motor que produce impulsos siempre nuevos para adecuar nuestras vidas al plan y propósito divinos, motor que nos conduce a la comunicación urgente, imperativa del objeto de nuestra esperanza. Asidero ante los vaivenes y giros de la fortuna, refugio en las tempestades de la vida, luz que ilumina las tinieblas del ocaso de la existencia haciendo brillar el más allá con garantías y seguridades incommovibles.

La esperanza radiante y gozosa del inminente advenimiento del Señor es nuestra actitud y nuestro mensaje. Sentimos que Dios nos ha escogido, como un movimiento en el seno del cristianismo, para despertar a nuestros hermanos de otras confesiones y decirles en medio de la noche de esta hora portentosa que vivimos: «El esposo viene, salid a recibirle» (5) ¿Cuántos estaréis dispuestos a escuchar nuestro llamamiento y a prepararos para salir al encuentro del señor? [1]



(1) Teología de la Esperanza, Salamanca, 1969, pág. 20.

(2) Mar. 13:35-37.

(3) Fil. 3:20.

(4) Isa. 26:19.

(5) Mat. 25:6.

el SÁBADO UN SELLO ESPECIAL

Una de las características notorias de los adventistas es que respetan el sábado como día de descanso. Sus templos, diseminados en todo el mundo, están abiertos todos los sábados y acogen a millones de creyentes que en forma sencilla pero sincera alaban y adoran a Dios. Muchos han descubierto que tienen como vecinos a una familia que no trabaja durante el sábado. Algunos sorprendidos industriales y gerentes descubren que sus empleados más capaces y honrados son adventistas que no trabajan el sábado.

¿Por qué los adventistas son tan fieles en respetar el sábado? Interrogándolos, seguramente nos darán las siguientes razones:

1. Creemos en un Dios creador que instituyó el sábado.

Efectivamente, la Santa Biblia enseña que Dios es el Creador del universo y del hombre. Al concluir en seis días su maravillosa obra de creación, instituyó el sábado como un recordativo perpetuo de ello. Dice el relato bíblico: «Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación» (Génesis 2:1-3).

2. Creemos que todo cristiano debe respetar la ley moral de Dios, la que establece claramente la observancia del sábado.

La promulgación del Decálogo es uno de los actos más trascendentales de la historia. El cuarto mandamiento, que se encuentra en la parte de la ley que define los deberes del hombre hacia Dios, dice: «Acuérdate de santificar el día de sábado. Los seis días trabajarás, y harás todas tus labores. Mas el día séptimo es sábado, o fiesta del Señor Dios tuyo. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criada, ni tu bestia de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas o poblaciones. Por cuanto el Señor en seis días hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo; por esto bendijo el Señor el día del sábado, y le santificó» (Exodo 20:8-11, versión católica de Torres Amat).

Refiriéndose a la ley de Dios, decía San Agustín: «La ley eterna es la suma razón, a la cual se debe siempre obedecer.»

3. Creemos en Jesús y seguimos todas sus enseñanzas. Jesús respetó el día sábado y mandó que fuera respetado.

Nuestro Señor Jesucristo respetó los mandamientos de la santa ley de

Dios. «Cristo no vino a destruir la ley sino a darle su cumplimiento», dijo el célebre cardenal James Gibbons (1).

El santo Evangelio relata que Jesús «vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo (o sábado) entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer» (S. Lucas 4:16).

Jesucristo, hablando con presciencia profética, anticipó los graves sufrimientos que sobrevendrían sobre Jerusalén y recomendó a sus seguidores: «Rogad, pues, a Dios que vuestra huida no sea en invierno o en sábado» (S. Mateo 24:20, versión católica de Torres Amat).

Definiendo lo que es ser un cristiano, San Pedro escribió: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1.ª S. Pedro 2:21).

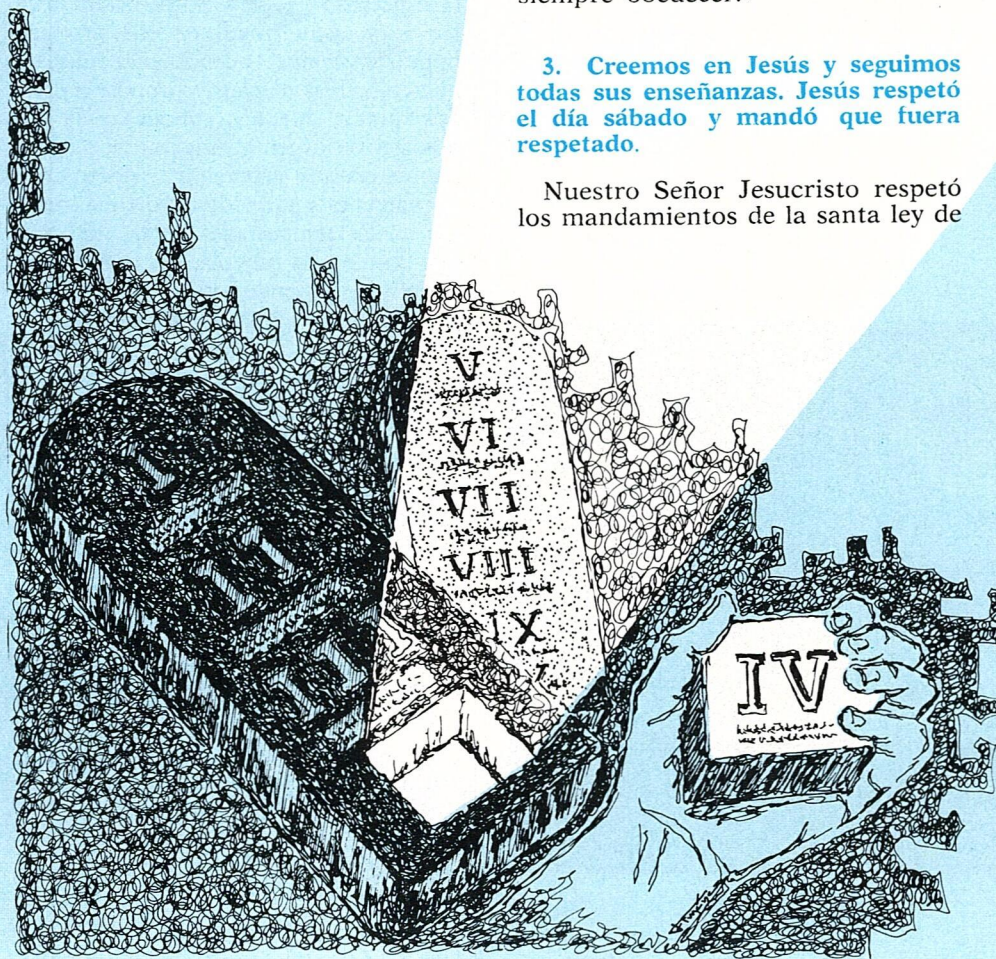
El Señor Jesús dijo: «Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (S. Juan 13:15). Al seguir el ejemplo de Jesús, también observaremos el día que él creó y reposó.

4. Respetamos a la Virgen María, y ella también guardó el santo sábado.

La Virgen acompañó a Jesús en su pasión, presenció su agonía y muerte y vio cómo su cuerpo era puesto en un sepulcro nuevo. Luego preparó, en compañía de otras mujeres, los ungüentos con que se acostumbraba unguir a los difuntos y «descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento» (S. Lucas 23:56).

5. Creemos en los santos apóstoles, y ellos también respetaron el día sábado.

El apóstol San Pablo, autor de catorce libros del Nuevo Testamento, en uno de sus viajes misioneros llegó a Tesalónica y «como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo (o sábados) discutió con ellos...de las Escrituras» (Hechos de los Apóstoles 17:2). En una





obra dedicada especialmente a este tema, se declara: «Los primeros cristianos veneraban muchísimo el sábado y empleaban el día en prácticas devotas y predicaciones, y no cabe duda de que adoptaron esa costumbre a imitación de los mismos apóstoles» (2).

6. Creemos que la Biblia es inspirada por Dios y que contiene la verdad. En la Biblia se establece la santidad del sábado.

Desde el primero al último libro de la Biblia corre ininterrumpida la historia del sábado como día de descanso consagrado a Dios por aquellos que le obedecen de verdad. En el Nuevo Testamento hay 59 referencias al sábado, que es llamado: «El día del Señor».

El cardenal Gibbons, hablando sobre el cambio del sábado al domingo, corrobora que la Biblia establece el descanso sabático: «Podéis leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y no encontraréis una sola línea que autorice la santificación del domingo. Las Escrituras hablan de la observancia religiosa del sábado» (3).

Agrega monseñor Segur: «Es curioso recordar con este motivo que la observancia del domingo no solamente no reposa sobre la Biblia, sino que está en contradicción visible con la letra de la Biblia, que prescribe el reposo del sábado» (4).

7. Creemos en la tierra nueva, y en ella rendiremos culto a Dios en el sábado.

Isaías, profetizando acerca de la prometida tierra nueva, dice: «Porque como los cielos nuevos, y la nueva tierra que yo haré permanecer delante de mí... dice el Señor. Y de mes en mes y de sábado en sábado vendrá todo hombre a postrarse delante de mí, y me adorará, dice el Señor» (Isaías 66:22, 23, versión católica de Torres Amat).

8. Creemos que el sábado es una institución divina y que el domingo es una institución humana.

La historia bíblica y eclesiástica establece que los primitivos cristianos respetaban religiosamente el sá-

bado. Por otra parte, es evidente que la costumbre de reverenciar el domingo no tiene sanción divina, apostólica ni bíblica, sino que es obra de los hombres.

Se reconoce que «la enemistad contra el judaísmo introdujo la fiesta del domingo en vez del sábado. La fiesta del domingo, como todas las demás, fue siempre una institución humana. Muy lejos estuvo de la intención de los apóstoles, la idea de darle carácter de mandamiento divino, ni tampoco ellos ni la iglesia primitiva pensaron jamás en transferir las leyes del sábado al domingo» (5).

También es claro que el descanso en domingo recibió una fuerte sanción con el decreto dominical expedido por Constantino en el año 321 DC. La novena edición de la **Enciclopedia Británica** declara: «La sanción más antigua de la obligación legal de la observancia dominical consta en el decreto de Constantino... donde se ordenaba que todos los tribunales de justicia, los habitantes de las ciudades y operarios de los talleres debían descansar el domingo» (6).

El domingo era llamado **Venerabili dies solis**, o sea, «Venerable día del sol», puesto que los paganos seguidores de Mitra reverenciaban al sol en ese día.

Es evidente, por lo tanto, que respetar el sábado es obedecer un orden divina. La costumbre de guardar el domingo es netamente humana.

El apóstol San Pedro establece lo que debe hacer un cristiano cuando debe elegir entre lo divino y lo humano. «Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos de los Apóstoles 5:29).

9. Creemos que la Iglesia está llamada a cumplir los mandamientos de Dios y seguir en todo el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia fue fundada por Jesús para que fuera «la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad» (1.^a Timoteo 3:15). Es función de la iglesia defender la verdad bíblica legada por Cristo y los apóstoles. El mismo Jesús ordenó: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones... enseñándoles que guarden TODAS LAS COSAS que os he mandado» (S. Mateo 28:19, 20).

A la iglesia no le fue confiada la misión de cambiar o innovar, sino la de preservar y proclamar. Por eso, cuando en el libro de Apocalip-

sis se describe a la iglesia genuina, se establece que sus seguidores «guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 12:17).

Por otra parte, Jesús desapruaba a quienes colocan ideas e innovaciones humanas en lugar de la legítima doctrina. «Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición... Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres» (S. Mateo 15:6, 9).

Por eso, los adventistas se apegan a la enseñanza permanente de la Biblia, de Cristo y de los apóstoles, la cual señala indubitadamente que el día de descanso establecido por Dios es el sábado.

10. Sobre todo, los adventistas guardamos el sábado porque amamos a Jesús, el Creador y el Redentor.

Cristo dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (S. Juan 14:15). Al observar el sábado, no sólo lo honramos como nuestro Hacedor y Salvador, sino también como nuestro Señor y Maestro, y expresamos gratitud por su gran sacrificio. La observancia del sábado y de los demás mandamientos no pretende ganar el favor de Dios, ya que la salvación es un don precioso que se recibe por la fe en la muerte expiatoria de Cristo. Consideramos que la obediencia es el fruto natural que aparece en la vida del cristiano cuando éste posee una fe genuina.

Resumiendo, diríamos que los adventistas respetan el sábado porque desean practicar, por la gracia de Dios y por el amor a él, las claras enseñanzas divinas de la Biblia, de Cristo, de los apóstoles y de la iglesia cristiana primitiva. Los adventistas desean ser hijos de Dios y ser reconocidos como tales por Dios y por el mundo. Dijo Dios: «Santificad mis sábados; que sean una señal entre yo y vosotros, para que se sepa que yo soy Yahvéh, vuestro Dios» (Ezequiel 20:20, versión católica de Jerusalén). []

(1) Cardenal James Gibbons, *Nuestra herencia cristiana*, pág. 265.

(2) *Dialogues on the Lord's Day* (Diálogos sobre el día del Señor), pág. 189, citado en *Luz para nuestros tiempos*, pág. 166.

(3) Cardenal Gibbons, *La fe de nuestros padres*, pág. 98, edic. 1903.

(4) Monseñor Segur, *Conversaciones familiares sobre el protestantismo*, pág. 186.

(5) Neander, *Church History* (Historia eclesiástica), pág. 186, citado en *Luz para nuestros tiempos*, pág. 167.

(6) *Enciclopedia Británica*, 9.^a edición, artículo «Domingo».



Las misiones hoy

mo, si bien este concepto de servicio puede ser diferente entre los representantes de unas y otras iglesias.

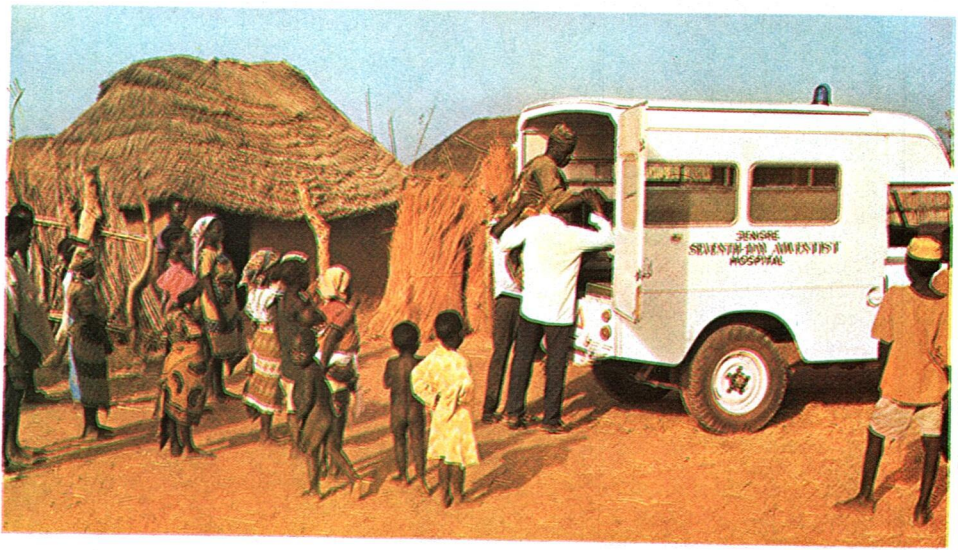
En general las iglesias cristianas han buscado hasta hoy hacer conversos al cristianismo; los métodos han sido muy diversos, no siempre los mejores, ni siquiera los más legítimos. Para muchos ese era el único fin, cristianizar, bautizar. Para otros, sobre todo en la actualidad, se ha pasado algunas veces al otro extremo, es decir, conside-

rar los aspectos socio-políticos de los individuos y los pueblos hasta el extremo de colaborar en revueltas o revoluciones que, de alguna manera, buscaban una mayor justicia social.

Dentro de este marco, esquemático sin duda, queremos situar en su debido lugar a las misiones y misioneros de la **Iglesia Adventista** esparcidos en casi todos los países del mundo. Veamos algunas precisiones que nos ayudarán a comprender por qué son aceptados en todas partes con más facilidad y con la mejor disposición por los distintos gobiernos, incluso los más opuestos al cristianismo.

Las misiones en general han sido vistas desde ángulos distintos. En los últimos tiempos han sido motivo de polémicas, de duras críticas por un lado, de defensa a ultranza por otra parte. Lo cierto es que han existido, y existen, razones para la polémica, para la alabanza y la crítica. El factor más importante que predispone a favor o en contra de una misión no es la denominación que la regenta sino el contexto político-social que a veces la condiciona, desde el mismo país o desde el exterior.

De lo que no hay duda es de la buena voluntad de las personas, hombres y mujeres, que dedican su vida o parte de ella a las misiones. Salvo las excepciones, que ignoramos, lo que mueve a estas personas es el servicio a su próxi-

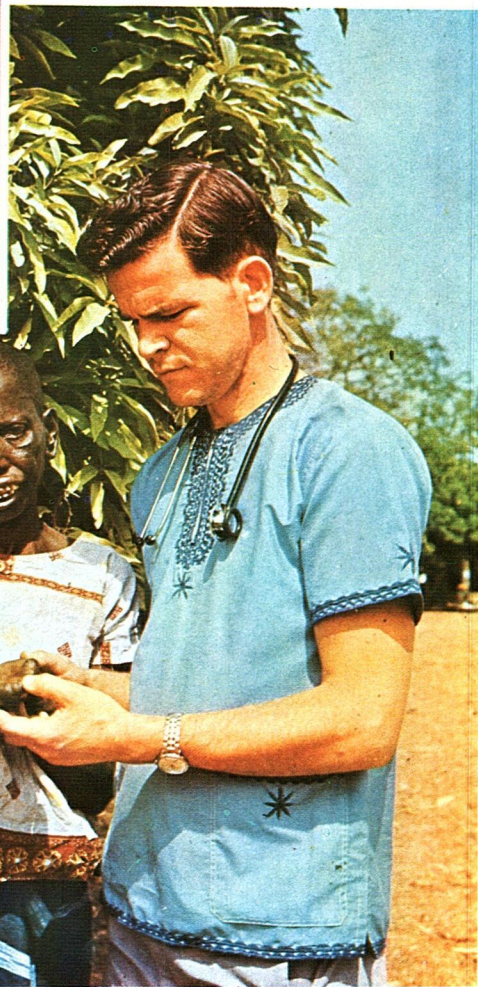
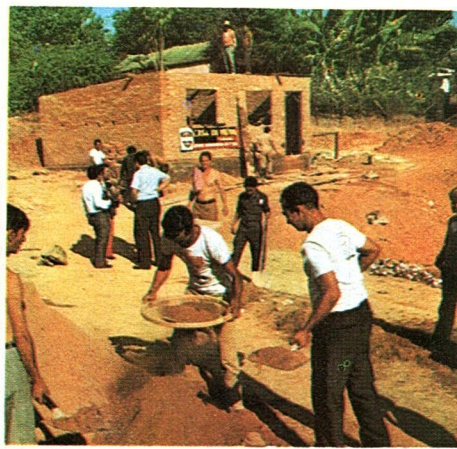


Ante todo la **Iglesia Adventista** no hace política, entiéndase bien, política de partido, política de búsqueda del poder, política de violencia de palabra y obra. Los adventistas, en sus misiones, buscan la justicia social pero sin apartarse nunca de los métodos usados por Cristo.

Hacen todo lo que pueden por mejorar, no sólo la vida espiritual de cada hombre y cada mujer dándoles a conocer una esperanza trascendente que les permita mirar al futuro con seguridad y gozo por el

no tan sólo por el suyo propio; pacíficos pero amantes de la verdad hasta el sacrificio, hombres y mujeres felices, con principios estables por encima de las circunstancias adversas, capaces de razonar y decidir por sí mismos, de ser auténticamente libres; y esta liberación no es sólo del pecado y de los malos hábitos de vida; a veces significa incluso el rescate de la esclavitud física en su sentido más literal, que todavía existe en muchas partes del mundo.

La orden divina, «Id y predicad...» no sólo significa instalar iglesias, sino también escuelas, dispensarios médicos, granjas, leproserías, hospitales, orfanatos, residencias de ancianos. Esta es la gran realidad y el gran desafío que unos millones de adventistas en todo el mundo han aceptado cumplir enviando sus hombres y mujeres, pastores, médicos, maestros y enfermeras financiando las enormes cantidades de dinero que tal empresa exige; y lo hacen con gozo y sacri-



próximo regreso de su Salvador, sino también enseñándoles cómo cultivar mejor la tierra, cómo aprender una profesión, cómo tener una cultura que les haga útiles a la sociedad en que viven, cómo vivir una vida sana con hábitos positivos, cómo evitar o liberarse de las enfermedades; todo ello a fin de que no sólo sean buenos cristianos sino los mejores ciudadanos preocupados por el bien de los demás y

Por lo tanto no se trata simplemente de llevar el Evangelio a todo el mundo, siguiendo el último y gran mandamiento de Jesucristo, como una nueva religión a adoptar rechazando siglos de tradiciones paganas, sino de elevar al ser humano un poco más cerca del Creador, restaurar en él la imagen y semejanza de Dios en cada manifestación de la vida, ya sea espiritual o intelectual, moral y física.

ficio dando un hermoso ejemplo de generosidad en medio del mundo egoísta en que vivimos. La **Iglesia Adventista Española** envía y mantiene misioneros en varias partes del mundo.

No es un acto de caridad, es la obligación moral de cada cristiano contribuir en la medida de sus fuerzas al bien de sus hermanos sea cual sea su raza y nacionalidad. □



El creyente

Estas palabras de Jesucristo constituyen la norma fundamental del culto adventista en los dos aspectos subrayados por el Salvador: el aspecto espiritual y el aspecto práctico:

CULTO EN ESPIRITU

El creyente adventista adora a Dios en espíritu, **en el templo**, en un culto muy vivo, dando más atención al fondo que a la forma, al contenido que a la liturgia. El canto, la oración, el estudio colectivo de la Palabra, la predicación y eventualmente los testimonios llenan de rico significado las reuniones de culto de este pueblo que vive con el corazón en el cielo y los pies en el suelo. Todo fiel adventista, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, participa activamente cada sábado en las reuniones de culto para el honor y la gloria de Dios.

El creyente adventista adora a Dios en espíritu, **en el hogar**, en el culto familiar cotidiano. Ese culto que reúne cada día padres e hijos bajo la mirada del Padre Eterno, recordándonos los altares de Abraham y el dulce hogar de Nazaret. ¡Cuán importante es para la salvación de nuestros hijos el arrodillarse cada día junto a los padres, sintiendo la profunda realidad de la presencia de Cristo en el hogar!

El creyente adventista adora a Dios en espíritu, **en el campo**, reconociendo la mano del Creador en el prodigio de sus obras. Cada oportunidad de entrar en contacto con la naturaleza, sea en un paseo el sábado por la tarde, sea en una excursión dominguera, sea en unas vacaciones en la montaña o junto al mar, o sea en un campamento juvenil, brinda al creyente adventista la ocasión espléndida de adorar al Supremo Hacedor. ¡Cuán fácil es entrar en comunión con Dios cuando se contemplan sus obras con espíritu humilde! ¡Qué sabor maravilloso tienen las palabras de Cristo leídas y comentadas en el espléndido templo de la naturaleza!



adventista y el Culto

El creyente adventista adora a Dios en espíritu, **en el santuario del alma**, rindiéndose cada día al pie de la cruz y ofreciendo al Salvador el trono del corazón. «Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; para que arraigados y fundados en amor, podáis bien comprender con todos los santos cual sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.» Efesios 3:17-19.

CULTO EN VERDAD

El creyente adventista adora a Dios en verdad, **en su trabajo**, esforzándose en ser un operario responsable y eficiente, y dando con la calidad de sus obras un testimonio cristiano digno, serio, amable y honesto. «Y todo lo que hagáis hacedlo de ánimo, como al Señor y no a los hombres.» Colosenses 3:23.



El creyente adventista adora a Dios en verdad, **en su alimentación**, recordando que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo y que un aspecto importante del culto consiste en conservar este templo sano y limpio. «Si pues coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios.» 1.^a Corintios 10:31.

El creyente adventista adora a Dios en verdad, **en sus diversiones**, escogiendo sólo las que son puras y elevadoras. El tiene una norma magnífica para seleccionar las que le convienen. Le basta preguntarse: ¿Me acompañaría Jesús a esta diversión? ¿Puedo estar seguro de que estaría complacido a mi lado? Toda diversión debe ser una verdadera recreación, y no hay recreación posible sin la presencia del Creador.

El creyente adventista adora a Dios en verdad, **en sus relaciones sociales**, y busca sólo aquellas compañías que pueden favorecer su desarrollo espiritual y su acercamiento a Dios. Hay clara luz en la Palabra de Dios sobre esto: «No os juntéis en yugo con los infieles...» 2.^a Corintios 6:14. «...¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» Santiago 4:4.



El creyente adventista adora a Dios en verdad, **en sus finanzas**, reconociendo al Señor como único propietario de todo y actuando como un fiel administrador. Los diezmos y las ofrendas tienen lugar propio en el culto verdadero y sirven para demostrar a quién estamos reconociendo como Rey, Dios y Señor. Nuestro gozo al devolver al Señor una parte de lo que nos da dice también dónde está nuestro corazón: «Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.» Mateo 6:21.

El creyente adventista adora a Dios en verdad, **en su actitud hacia el Decálogo**, cuya observancia no es para él un medio de salvación, sino solamente el fruto de la salvación y el único modo de demostrar a Cristo la realidad de nuestro amor y gratitud: «Si me amáis, guardad mis mandamientos.» Juan 14:15.

En ESPIRITU y en VERDAD, el creyente adventista se presenta sobre el altar «...en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto.» Romanos 12:12. []

Direcciones Templos

ALCOY (Alicante)
Perú, 96.
ALGECIRAS (Cádiz)
Patriarca D. Ramón Pérez Rodríguez, 47-A.
ALICANTE
Avda. Aguilera, 48 entr. A.
BADALONA (Barna)
Carmen, 17-19. Teléf. (93) 230 20 37.
BARACALDO (Vizcaya)
La Victoria, 27.
BARCELONA-GUINARDO
Luis Sagnier, 62. Teléf. (93) 253 31 66.
BARCELONA-HOSPITALET
Desa, 10. Hospitalet de Llobregat
BARCELONA-URGEL
Urgel, 133. Teléf. (93) 253 31 36.
BILBAO
Huertas de la Villa, 14-16
Teléf. (94) 445 10 60.
CALAHORRA (Logroño)
CASTELLON DE LA PLANA
Numancia, 38.
Ramón y Cajal, 22.
CORUNA, LA
Prol. San Vicente, 26. Teléf. (981) 23 33 37.
ELCHE (Alicante)
Hnos. González Selva, 69-DC.
GERONA
Travesía de la Cruz, 22-1.º
GIJON
Eulalia Alvarez, 2. Teléf. (985) 35 19 58.
GRANADA
Mirador de la Sierra, 4.
IGUALADA (Barna)
San Antonio María Claret, 3.
JAEN
Adarves Bajos, 25.
LEON
Pendón de Baeza, 6.
LERIDA
Valcalent, 14.
LINEA, LA (Cádiz)
Pasaje 18 de julio, 14.
LIRIA (Valencia)
Llano del Arco, La Granja.
MADRID-ALENZA
Alenza, 6. Teléf. (91) 253 91 92.
MADRID-CARABANCHEL
Espinar, 46.
MADRID-VALLECAS
Dr. Bellido, 13. Teléf. (91) 478 30 16.
MÁLAGA
Ingeniero la Cierva, 16. (B.º de la Luz).
MURCIA
Alcalde Juan López Somalo, 4.
Teléf. (968) 25 20 10.
PALMA DE MALLORCA
Marqués de Fuensanta, 66.
PALMAS DE GRAN CANARIA, LAS
Plaza San Bernardo, 24-4.º
SABADELL (Barna)
Montllor Pujal, 12-18.
SAGUNTO (Valencia)
Cra. de Petres s/n. Apartado, 52
Teléf. (96) 246 17 74.
SANTA CRUZ DE TENERIFE
Pedro de Valdivia, 20. (B.º Delicias).
SANTANDER
Cisneros, 91.
SEVILLA
Céfiro, 2.
TARRASA
Héroes del Codo, 544.
TUDELA (Navarra)
Hermanos Pérez Nieva, 7.
VALENCIA
Fray Pedro Vives, 21. Teléf. (96) 365 25 39.
VIGO (Pontevedra)
Ecuador, 73.
ZARAGOZA-DELICIAS
San Rafael, 6-8.
ZARAGOZA-LAS FUENTES
Batalla de Lepanto, 21-23
Teléf. (976) 42 92 91.
ZARAGOZA-TORRERO
Alicante, 3-9. Teléf. (976) 27 11 82.
SEDE CENTRAL DE LA IGLESIA
ADVENTISTA ESPAÑOLA:
C/ Alenza, 6. Madrid-3

La Voz de la Esperanza

- ★ Emite sus programas en todo el mundo, diaria o semanalmente, a través de 3.700 emisoras.
- ★ En España, a partir del próximo mes de octubre, más de 30 emisoras acogerán semanalmente sus mensajes de actualidad, llenos de amor, esperanza y dirección para la salvación.

Además, por medio de sus cursos gratuitos...

USTED PUEDE DESCUBRIR UNA NUEVA VIDA.

- Sí, puede encontrar tesoros de alcance eterno.
- Puede encontrar solución a sus problemas actuales.
- Esperanza y seguridad para el futuro.
- La Biblia sigue siendo el más grande de los libros. Es el Libro de Dios.
- Tenemos un curso hecho especialmente para usted.

— Si es joven, **EL CURSO JUVENIL.**

— Si es adulto, **TESOROS DE VIDA.**

— Si desea algo instructivo, atrayente y profundo, **LA BIBLIA HABLE.**

Escriba pidiendo información sobre las emisiones de radio o para solicitar el curso que le interese a:

La Voz de la Esperanza

APARTADO 3.201

MADRID -3-